

VOLUNTAD PRECOZ

JAVIER FLORES



Javier Flores

VOLUNTAD PRECOZ



A mi tía, Marta Elisia Flores De Ramos,
cariño y recuerdo.

*Un hombre es la suma de sus desdichas. Se podría creer
que la desdicha terminará un día por cansarse, pero
entonces es el tiempo el que se convierte en nuestra
desdicha.*

WILLIAM FAULKNER , El ruido y la furia.

Yo vengo de los sótanos del dolor. Tú apenas descienes.

GUILLERMO ARRIAGA, El Salvaje.

Las ideas y visiones del mundo de los personajes no tienen que ser compartidas por el autor. Por supuesto, esto depende de la tradición literaria del mismo. En el caso de este servidor, pertenece a la tradición literaria que el maestro Rulfo ha resumido en su frase: "Cuenta no cante". Sacrificar la historia o la autenticidad del personaje por imponer mi moral, me condenaría a ser un escritor cobarde y aburrido.

Amado enemigo

Mi punto era la entrada de un parque abandonado que dividía su colonia de la mía. A mi Mara de la suya. Yo vigilaba esa zona los jueves y los martes, de doce y media a cuatro de la tarde. Él posteaba los jueves, cerca de la misma hora, o quizá iniciaba una hora antes. Yo andaba vergón, bonito, chulo, con unos pantalones Dickis que combinaba con chemís de diferentes colores, negras, sobre todo, y unos Reebok blancos como la nieve; nunca se me ensuciaron, me los quitaba cuando era hora de darse a la fuga. Al morro lo tenían hecho mierda, usaba seguido las tres mismas camisas con diferente pantalón, eso sí, andaba puestos unos Nike rojos con el logo en blanco y las cintas azules. Tenía cara de mal comido, de que lo castigaban seguido, sus cortes duraban más tiempo. Créanme, cinco segundos más hacen una gran diferencia. Los pómulos desgastados, el labio partido y el dedo anular de su mano derecha parecía haber sufrido una fractura. La primera vez que lo vi le hice señas, no obtuve ninguna respuesta.

Me di cuenta de que desde su ubicación no lograba verme. Su rango de visión se remitía al parque.

En mi caso, dicha posición me otorgaba un amplio espectro de la zona. Estaba mejor parado y era más inteligente, más coco, siempre trucha. Ese bicho no le ponía mente. Por ratos se le iba la onda viendo el fon o se dormía. Dormido en clase. Que fácil hubiera sido reportar la situación y pedir el permiso para detonarlo, adelantando así mi ascenso en la clika y afianzando mi reputación en los círculos de viejas chambrosas y en los grupitos de quinceañeros mamones obsesionados con todo lo que tenga que ver con nosotros. Pero no lo hice. Fantaseaba mucho con matar a uno de ellos, pero en las dos oportunidades que tuve la mano de Dios truncó mis planes. A decir verdad, me alegré cuando me llamaron para que fuera dejar algo antes de que metiéramos al pasaje al morro cerote que venía dormido en el bus y también que los childrens en la terminal nos vieran y salieran corriendo antes de que los madrugáramos.

Mis obligaciones eran claras, vigilar diversos puntos en la clika, más que todos las carretas o alguna moto sospechosa. Normalmente guachaba puntos frescos: la calle principal, el mercadito, el pasaje de la yesca, las canchas, etc., etc., lugares donde ningún de los otros entraría ni armado, no tanto por el peligro real sino por la fama de esos lugares producida por unos

cuantos sucesos, se podría decir especiales, que llegaron a darles el estatus de zona roja para los que no vivían dentro de la clicca. El verdadero peligro estaba dentro de los pasajes que desde afuera no mostraban más que niños jugando mica pelota y en la entrada, el típico puesto de tortillas que en la noche mutaba en pupusería. Diferente administración misma plancha.

De vez en cuando renteaba a los camiones de la Diana, a los de la Pepsi, a los de la Coca, a veces les sacaba algo a los de Claro cuando llegaban a instalarle el Internet a algún vecino, y así y así. Era una vida monótona la mayor parte del tiempo. Sacaba muy poquito dinero de eso, como unos diez, quince dólares a la semana. Se me recompensaba con mota y, de vez en cuando, con un celular nuevito o colonia.

Alicia. Ali. Perdóname.

Recuerda con alegría nuestra juventud.

*La manera en que mi lengua recorría tu cuerpo,
conociendo las estaciones*

donde el placer toma formas gelatinosas;

y tú amabilidad para explicarme, previamente,

el impacto y la delicadeza de cada una.

Alicia era la hija del Duke, uno de los fundadores de la clica, llegó directo de la USA a la capital, a pesar de que su familia era originaria del Oriente del país, encontrándose con un grupo considerable de guanacos infectados con la fiebre de las maras. Después de un tiempo, ya establecidos, y con el control del tránsito dentro y a los alrededores de la colonia, llegaron nuevos jóvenes de colonias aledañas, incluso, muchas de estas controladas por el enemigo. Esa fue la simiente, la historia cuyo espectador y mejor conocedor es el ciudadano común, el civil, que lleva, al menos, veinte años residiendo dentro de la colonia. Alicia era una joven hermosa. Sus pómulos cubiertos de un polvillo acaramelado, separado por las curvas de su nariz, manchaba ínfimamente sus carnosas mejillas; combinando, al unísono, con el color de su pelo y su piel rojiza. Yo pasaba mi pulgar por las estrías de sus piernas que rodeaban con rebeldía sus muslos, extendiendo su caudal hacia la cuesta de sus nalgas.

Me enculaba tocar su cuerpo, besar con intensidad su ombligo, chupar sus senos con lujuria y lamer sin asco los pliegues de su vagina. El olor natural

de su cuerpo. La humedad viscosa e idílica que emana de él. El calor contenido de su clítoris chocando con la palma de mi mano. Fue como si ella me hubiera elegido y hubiera implantado la idea en mi cabeza de a poco. Empezando su cacería como los tigres, siguiéndome con la mirada, encontrándome “casualmente” por las zonas que me tocaba vigilar, aproximándose contra el viento para que el aire no me alertara de su presencia. Una vez implantada en mi rutina, salió a descubierto de entre un pasaje con la violencia y el estruendo de un relámpago, usando el tamaño de sus muslos y sus nalgas para someterme y abatir el poco sentido común que me quedaba. Llegamos a amarnos con inocencia, con cristiandad, mientras que al mismo tiempo pecábamos de sodomitas: Anal, mamadas, tríos, cuartetos, dedeadas, de todo. Tenía permitido meterla dentro de la otra, pero no acabar, usara condón o no. Planeamos boda, tener hijos, mudarnos a otro lugar lejos de la clica, pero al final del día ella era hija del Duke y yo era miembro activo con posibilidades de ascenso. Nuestro amor duraría hasta mi asesinato o hasta su desaparición.

En cuarto grado me junte con "Crisi", íbamos en el turno de la tarde, mi mamá trabajaba toda la noche y

regresaba en la mañana, como a las seis. Cansada, sin ganas de hacer el desayuno, mucho menos de planchar mi ropa y ponerme algo de comer. Al mediodía se recuperaba del ajeteo nocturno y me daba de comer. La mamá de Andrea Jazmín —la ama y dueña de mi primer beso— se ofrecía llevarme a la escuela todos los días en acto de altruismo evangélico.

Mi mamá aceptaba alegremente su ayuda, necesitaba a Niña Reina mucho más de lo que el orgullo permite aceptar. Las tardes que pasaba en la escuela, ella se dedicaba a ser mujer, a ser madre, a sobrevivir en la tierra de nadie donde decidió alquilar una casa. Hacia la limpieza, se rebuscaba vendiendo catálogos, extorsionaba a los vecinos con mostrar ella misma las conversaciones a sus mujeres, de vez en cuando pisaba con El Cuervo, un veterano de la clica, o se marchaba a la casa de mis abuelos a pedirles dinero. Tenía una hermana, mi tía Rosibel, su hermana mayor. No se llevaban bien pues mi mamá creía que mi tía era una fanática religiosa entregada en cuerpo, alma y billete a la iglesia y, sobre todo, al Pastor Medrano, cabecilla del templo "Seno de Abraham" ubicada en el pasaje cinco, primera casa. Y mi tía creía que mi madre era una puta, entregada nada más en cuerpo a cualquier hombre que

le ofreciera un mínimo de interés. El Pastor Medrano terminó siendo uno de ellos. Ningún hombre al que le puso el ojo salió ileso.

La última vez que cruzamos palabra, fue para ofrecerme sobras de pan francés que le quedaron del día anterior con una taza de café con leche. Leche vieja, supongo. En fin, me disponía a comer cuando me escupió a la cara la putería de mi madre. Yo, a mi corta edad, era perfectamente consciente de las intenciones de esos hombres, no eran sus novios, no tenían planes de criarme, de ser tatas sustitutos, solamente buscaban hacerle a mi nana lo que yo, ya más grande, quería hacerle a Alicia y a todas las bichas de la colonia que se me tiraban en cuatro. No me gustaron sus palabras, me levanté tan indignado como un niño de doce puede estarlo, y le dije: «Solo mierda habla.» antes de salir de su casa.

—¡Ya vas a ver, bicho malcriado! —grito sin parar su culo gordo de la mesa.

En la entrada del pasaje me encontré a su hijo, y le canté que nos rompiéramos el hocico, que peharemos. Él se negó argumentando que no había comido y que me tenía lástima. Regresé a la casa y el cuervo salió del cuarto de mi mamá. Me hizo un gesto

con la frente y se fue apurado. La puerta se quedó entreabierta, recuerdo haberme acercado a ver, tengo la imagen fugaz del cuerpo desnudo de mi madre sobre la cama buscando levantarse. No estoy seguro. Solo me acuerdo de que era martes por la tarde, se metió a bañar y se fue a trabajar dejándome un dólar para comprar pupusas.

Mi dieta nocturna consistía en pupusas y sopas instantáneas a las que llenaba de limón y churro. A veces compraba una soda, cuando costaba menos de un dólar. Me desvelaba seguido, viendo porno en Golden, ensuciándome el estómago y limpiándome con la primera toalla que encontraba. La gente empezó a quejarse. Un prepúber que pasa solo en una casa dentro de una de las colonias más peligrosas de la capital, sin figura paterna y una madre ausente cuya reputación se remite no sólo a la práctica de relaciones sexuales con diversos hombres, sino que, debido a su horario laboral, y con el agravante de lo antes mencionado, lleva bajo si el rumor de ser, además de puta, prostituta.

Junto con Crisi aprendí a escaparme de la escuela y salir a la cancha más cercana a fumar con los marihuanos en el graderío. Tenía diez años cuando fumé mi primer sorbo de mota. No sentí el efecto hasta muy

después, el sueño, la pesadez en los ojos, la tranquilidad, sereno como un cuerpo inerte flotando sobre el mar. No era algo de todos los días, tenía medido que los martes y los miércoles la niña Reina se tarda unos minutos más en ir a traernos. Un cuarto a las doce veníamos junto con Crisi bajando la cuesta hacia el portón. Fuimos grandes amigos, lamento haberlo querido como lo hice y que las mejores remembranzas de mi niñez fueran a su lado.

El recuerdo nuestra amistad, de nuestra inocencia, de nuestro cambio de rumbo hacia un sendero oscuro y pedregoso lleno de sangre y lágrimas, junto a todas esas anécdotas transformadas en leyendas urbanas, pasadas de boca en boca dentro de nuestra comunidad; todo aquello envuelto es en un velo de furia y pena al recordar su cuerpo colgado de los pies en la rama ancha de un árbol al año de activarnos. ¿Cómo pude continuar después de eso? Aún recuerdo su voz con la misma nitidez que durante aquellas pláticas que calentaban las noches que dormíamos encima de los tejados, fumando yesca bajo las estrellas.

Me activé a los catorce años, mi complexión robusta me hacía ver como un muchacho de dieciséis. La gente comenzó a verme diferente desde el primer día. Cambie mi forma de caminar, mi gesticulación, mis

gestos, incluso las facciones de mi rostro. Empecé a adelgazar, se agrandaron mis ojeras, y, por fin, mi aspecto rimaba con mi edad.

El primer año la pase mal, a pesar de andar bien perfumado y con una sonrisa tan coqueta que enganchaba a las morritas, dormía tres horas al día y sufría de migrañas periódicas a la semana. Supongo que él también vivió lo mismo, el proceso de iniciación o integración a la pandilla varía mucho en cada una de ellas. Para ellos es una iniciación rápida, juramento de palabra y hay muerte; para nosotros es otro mambo, había que ganárselo, demostrar tu valía, para luego disfrutar la cosecha. Es cuestión de adaptarse y agarrar costumbre, no dormirse y ponerle mentalidad a las pegadas. Hay que convertirse en un embajador del terror.

Mi mamá aceptó con facilidad mi adhesión, tenía cierto morbo por ese submundo y no le bastaba al parecer pisar con Cuervo y con otros más, tenía el deseo de ser respetada al fin dentro del muladar en que vivíamos. Mi tía se mudó al enterarse, no quería tener nada que ver conmigo. Regresó a su pueblo natal en el oriente del país donde fue criada junto a mi madre. Fui a las escuelas dominicales suficientes como para

entender el quinto mandamiento, pero ni Dios ni Moisés no tuvieron a una treintañera frustrada por su juventud perdida como madre.

Al segundo año, ya estaba integrado, la costumbre endureció mi cuerpo. Mi regalo de quince fue un baile y una pisadita con una morra que trajeron de no sé dónde. Nunca volví a verla, espero que esté bien. Se la metí, a medias, y le pegué tres puyones seguidos de una nalgada. No me dijo nada, intente seguir a pesar de haber acabado, pero me dolió la verga. La morra me tiró el paro y no dijo nada, se quedó quince minutos más acariciándome el pelo y mirándome con una ternura casi maternal. Pensé en mi madre. Ya había acaparado jainita, como era de esperarse no me fue impedimento desvirgarme con la puta y no con ella.

En esas semanas sucumbí ante Alicia y la dejé sin más. Ni siquiera recuerdo su nombre, fue una lagaña mañanera en las pupilas de mi vida. Recuerdo muchos nombres, takas, lugares, calibres y códigos secretos; incluso recuerdo con exactitud el nombre completo y número de DUI de aquel dormido que baje del bus. «Abner Otoniel Colindres Martínez, DUI: 06043355-6, colonia: Te equivocaste de bus, pendejo, la próxima, que no la habrá, revise bien la letra que acompaña al número

de la ruta.» Pero ella, su nombre comenzaba con V o L. Hay mujeres que te hacen olvidar otras por completo, sobre todo aquellas con un instinto de caza altamente desarrollado.

El Duke discutió conmigo esa situación, «Ya sabes lo que te va a pasar si me la jodes.» sentenció. Después de él, yo era el hombre que más la amaba. Después de mí, él era el hombre que más le conocía. Como toda hija, le entregaba a su padre la información necesaria sobre su día a día. El Duke escuchó sobre los tríos, pero hizo caso omiso. Eran dos mujeres y un hombre; si la fórmula se invirtiera la cosa sería diferente y El Duke no hubiera reclamado por la inmoralidad del acto.

Aún pienso en ese día, a solas, mientras la oscuridad devora mi visión y el silencio es el único lenguaje. ¿Qué le costaba hacer lo que yo durante todo ese tiempo? Disfrutar de esa extraña confianza. Posiblemente contaríamos esta historia en conjunto, como un bello juego de fútbol-tenis. Ambos hijos de la calle, paridos en diferentes cunas, cunas enemigas, cargando los rencores de dos o tres generaciones de guanacos; si de algo estoy seguro es que la juventud salvadoreña lleva siglos en conflicto sin saber por qué.

Nuestra historia atraería el romanticismo de todos esos ricos progresistas que lloran excitados con las imágenes maniqueas de nuestras comunidades. Pero no, él tomó la absurda decisión de entrar en actitud de duelo y salir con toda su ira y determinación, como un búfalo salvaje hacia mí, y a mí no me quedó otra que salir a su encuentro, a buscar, por cualquier vía, ser: El Narrador. Lo logré. No en mis términos, pero lo logré.

Cuando lo vi, me exalté. Uno se lleva media vida pensando que será tener por fin enfrente a uno de ellos. Fantasías bélicas. Durante un momento, parecía devolverme la mirada. Levanté mis manos y con mis dedos hice alarde del mayor orgullo —y tragedia— de mi vida en ese entonces: mi Mara. No respondió a mi afrenta, entonces supe que, o era un cagón, o no podía verme. Era como un pichón posado sobre las fauces de un cocodrilo. Y el cocodrilo quieto, sin precipitarse, listo para atacar cuando sea el momento. Pero, a diferencia de ese hermoso animal, mi instinto asesino estaba en desarrollo apenas.

Fue cuestión de una hora para que le tomara cariño. El pobre se dormía por ratos y se despertaba asustado, con los ojos chinos y la lengua reseca. Agarraba el celular como si tuviera tenazas por manos

debido al yeso en su dedo. Yo me reí durante todo el turno, viéndolo con asombro, es que, ¡Qué fácil hubiera sido!, cuando llegó El Moro sentí el impulso de contarle mi gran descubrimiento, pero supe de inmediato que se apresuraría a matarlo y el chiste se perdería. Si algo caracterizaba al prieto, es que era alzado, decidido, no dudaba ni dos veces en pedir paca para romperse el hocico con alguien, mucho menos para subir en el ascensor social de la pandilla matando a la presa más fácil vista en años.

Tiempo después, me enteraría por un medio nacional que, Moro, bautizado con todas las de la ley como El Soviet, fue condenado a cincuenta años por el homicidio del cabo Rogelio Ezequiel Martínez Romero de veintiséis años de edad, proveniente de San Pedro Tapachula, etc., etc. En la conferencia de prensa lo tuvieron de rodillas sobre un camino de terracería lleno de ripio de un pueblito en oriente donde se fue a ocultar. Decidí guardar el secreto, de todos, hasta de mi madre, a quien solo le ocultaba los detalles de mi vida sexual. Sabía que su apreciado consejo maternal iba a ser: «Mátalo, antes de que él te quiebre el culo a vos» o algo parecido.

Esa noche decidí no visitar a Alicia. No le gustó para nada, llegó a las treinta llamadas a minutos de la media noche. Incluso Cecilia, su madre, cayó a buscarme a la casa de la Chilindrina —La Chilindrina no vacilaba, pero ponía la mayor tajada para la mota, era generoso y compartido en ese aspecto— a preguntarme por qué no llegue. La mujer arrugaba la cara cuando llegaba de la casa de su mamá y me encontraba con olor a sexo en su sala, sin embargo, se preocupó de no encontrarme comiéndome su comida sembrado en el sillón.

Me fui bien loco a ver a Alicia. Cené y me quedé a dormir. El efecto cannábico de la purple se asentó en mis pupilas. Con los ojos achinados, me enfoqué en el foco del cuarto. Alicia me abrazaba calentando mi pecho con su aliento. La carnosa y rolliza frescura de su pierna derecha rodeaban mis piernas. Medite sobre contarle a Alicia, pero yo conocía esa cabrona, de una le iba a decir a su tata. Después, procedería a manipularme para que la perdonara siendo la heroica enfermera de mis heridas postcorte. Volví a guardar el secreto. Omití el tema hasta quedarnos dormidos. Desperté en la madrugada, dejé arropada a Alicia y me fui a la calle. Repetí jornada el jueves. Incluso volví a ignorar las llamadas de Alicia hasta el hartazgo. Ya no mandó a su madre, sino al

propio Duke en persona, recibió con agrado el olor a mota y se fue una hora después llevándose con él un cuarto de onza. Alicia llegó rozando la medianoche y me llevó a su casa, de nuevo. Así por dos semanas más mientras trataba de decidir qué hacer: reportar la situación o disfrutar de aquella compañía obligatoria. Después de tanto tiempo, y analizando la situación con detenimiento, creo firmemente que tomé la decisión correcta.

El reprimir mi naturaleza generó un cambio dentro de mí, si era capaz de pasar sin malestar alguno la oportunidad de acabar con la vida de mi enemigo, cuando, al contrario de las situaciones ya mencionadas, no existía justificación razonable que pudiera otorgarme el perdón del barrio. Esto generó un efecto dominó que fue derrumbando cada una de las piezas de mi vida social, sentimental y familiar. La duda azotó mis madrugadas, dudas sobre mi madre, sobre mis camaradas, incluso, mis ideas preconcebidas sobre el amor fueron puestas en tela de juicio.

Alejarse de esa vida no es cualquier empacho, pero sin saberlo había dado el primer paso. No podía acabar mi turno e irme a la casa, sin embargo, el resto de mis labores eran realizadas sin la característica

jayanada a la que estaban acostumbrados. Obviamente esto llamó la atención de algunos, de Alicia, sobre todo. El espejismo del amor que reinaba entre ambos se fue empañando a un nivel que se volvió imposible fingir ceguera. Ya no quería verla, ni a ella ni a ellos. Todo a mi alrededor me acongojaba, las estrellas sobre el cielo despejado de la madrugada, el sabor aceitoso de la mariguana, la cortopunzante textura del viento por las tardes; todo y todos.

Mi mamá murió para mí la tarde del veinte de septiembre del dos mil dieciséis; murió para todos, tiempo después, en un accidente frente al paso peatonal de la plaza mundo. Ambos días cayeron en martes.

El martes dieciséis, por la tarde, como de rutina yo estaba mirándolo con la repentina necesidad de conocerlo. Levanté mi mano de forma inconsciente, me fijé cuando el sol dejó de golpear mi cara. A contraluz, mis dedos se pintaban de rojo, mis venas sobresalían de entre la piel, el dedo corazón parecía rozar el sol. Aparte la vista, fijándola en él nuevamente. Había logrado mi cometido. Tenía su atención. Se puso al descubierto y se acercó a la acera para verme. No baje la mano. Con los ojos inundados de preocupación, volteo hacia atrás y hacia a mi repetidas veces.

La leyenda familiar dice que mi padre fue un exguerrillero durante la guerra civil, recuerdo que mi abuela paterna, antes de perder contacto con ella, me mostró una foto que le envió mientras andaba combatiendo, usaba una boina roja, una camisa gris y un fusil del tamaño de su cuerpo. Catorce años, dos años menor de lo que yo era ese día. Se dice que ponía el fusil sobre un tronco y disparaba a lo loco. Acabado del conflicto entró en el vicio, cuando andaba bien a verga confesaba su arrepentimiento entre ásperos murmullos.

Mi mamá decía sentirse agradecida por su partida al extranjero y su pronta, casi automática, separación; pues mi jefe no paraba de beber y llorar por "un soldadito al que le reventó la cara de un plomazo". «Yo con dieciséis, diecisiete años escuchando esa mierda, ese cerote estaba loco.» decía.

Frente a la posibilidad, tomé una decisión parecida a la de mi padre. Me puse de pie y salté hacia el parque, dejándome ver. Con cada paso que daba, su ceño se fruncía encolerizado, bastaron segundos para entender que me odiaba tanto o más que yo a él, antes de saber de su existencia. Fue como verse en un espejo. Él levantó sus brazos, incluso el lastimado, con el sello

viejo y sucio que ya ni necesitaba, y cruzó sus dedos mostrando esa aberración que tanto dolor me había causado y despojado de grandes homies. No tuve más opción que responder con mi mayor orgullo en esos días y que ahora considero parte fundamental de ese remordimiento que me persigue ahora en la adultez.

Entre en actitud de duelo y guíe mis pasos hacia su posición. El morro dudo, volteo por última vez hacia atrás y volvió hacia a mí, esta vez decidido a mostrar su valía. Caminábamos igual, contoneando los hombros y la cadera al mismo tiempo que la cabeza, espantando el aire de la espalda con el brazo derecho. Él llegó primero a la calle, se quedó en medio esperándome. Cuando salí del parque y posé mis suelas sobre la acera, se cuadró y, con el deseo de volver atrás, corrí hacia él, con los puños en alto y la adrenalina a full. Di el primer golpe, justo en la oreja. Seguido de dos puñetazos, uno en la nariz y otro en la mejilla izquierda, y un rodillazo en el estómago. Logró conectarme un cato en la quijada, pero no con la suficiente fuerza. Intentó botarme al suelo a base de zancadillas, mientras yo lo golpeaba sin piedad en la cabeza. Desde el primer golpe supe que iba a ganar, estaba hecho de un material más fuerte. Yo si era un hijo de la calle, él era el hijo de algún pastor, o de una fanática

con la mantelina pegada a la cabeza, confundido en la vida, sin camino en un mundo que no era para él. Me sentí superior en todos los aspectos imaginables.

La pelea acabó de pronto. En dos parpadeos. La intromisión de la jura se me hizo impensable hasta que sentí el primer rodillazo en la columna. Entonces volví a sentir que me miraba en un espejo cuando los dos llorábamos de la misma forma ante la gran zapateada que nos dieron. Perdí dos dientes y una muela. No lograron fracturar ni quebrar un hueso de mi cuerpo, pero podía ni sostener el tobillo derecho sobre el piso de la hinchazón y el dolor. Sin mencionar los hematomas en las costillas y el pecho. El morro quedó peor, le quebraron el otro brazo y, al parecer, le jodieron la columna. Nos subieron a la patrulla donde los golpes no cesaron, no pude guardar registro de sus caras, fueron puras sombras cayendo sobre mi rostro como una lluvia de granizo.

La Policía nacional civil fue, desde sus inicios y en esencia, la organización criminal más temida del país. En esos años tenían una estrategia de depuración muy característica: independientemente de la pandilla, y sobre todo si eras un miembro de bajo rango, si eras encontrado por la policía y subido a la patrulla era

noventa por ciento seguro de que serías lanzado como Daniel a los leones en el punto de una colonia enemiga. Eso mismo nos pasó a ambos, el morro fue lanzado a la clicca más pesada en la ciudad vecina justo en la cancha, el jura que iba de copiloto grito:

—¡Niños, a comer!

En la salida, venían debatiendo frente a mi dónde iban a lanzarme, cada colonia mencionada me ponía a temblar las patas.

—Volvamos que ya se acaba el turno —dijo uno de los que estaban atrás conmigo.

Pasamos por la entrada del cargadero más famoso de la ciudad. Protagonista de diversas noticias, artículos universitarios e investigaciones periodísticas de europeos adictos a la marginalidad.

—Aquí te van a tratar bien— dijo el oficial.

Me quitaron las esposas y me tiraron de espaldas de la patrulla, el golpe me sacó el aire. Observe hacia todos lados para no ser sorprendido. Había aceptado la muerte más no la sorpresa; quería saber de dónde vendría el primer golpe o el último. Una mujer me miraba a lo lejos con el alma estremecida. La pensó por unos segundos, pero terminó por tomar la decisión de ayudarme. Disimuladamente caminó hacia mí, pasó de

largo y me dijo que la siguiera. El cuerpo me torturaba con cada paso. Tengo recuerdos del cielo, los cables y los postes de luz, de un olor a yuca frita. La señora me llevó a un taller a la orilla de la calle.

—Guárdalo en lo que viene el bus—le dijo.

—Si este bicho es algo me van a joder a mi—respondió el mecánico.

Sus ayudantes me miraban con recelo. El señor sucumbió ante el talento natural para la negociación de la señora. Mezclando versículos de la biblia con antiguos refranes de un tiempo, desde su percepción, mejor. Cuando el bus llegó me apuraron como a un perro jiotoso. La señora pagó el pasaje, una deuda impagable de veinte centavos.

—Viene bolo —dijo al motorista.

Con dificultad subí por la puerta trasera. Al sentarme, mi cráneo tomó peso y cayó sobre el yerro del asiento de adelante. Hubiera sido un buen karma que me descubrieran, me bajaran y me desaparecieran como al tal Abner Otoniel Colindres Martínez, DUI: 06043355-6. Abner. Abner. Abner. Pero no pasó, sin importar lo justo que hubiera sido morir de esa manera.

El bus pasó por la principal, una señora se bajó justo en la entrada de mi barrio. Hice el amague de

bajarme pero los huesos me pesaban y decidí bajarme en el centro de la ciudad para ir al hospital. Cuando el bus pasó por el hospital hice, de nuevo, el amague de bajarme pero no soportaba el dolor de cabeza y decidí bajarme en la capital, en la terminal de oriente. Ahí el dolor ya no fue un problema.

Bajé del bus cojeando, me planté en la entrada a pedir dinero para el pasaje, dije que me habían robado y necesitaba volver a casa, que mi madre estaba enferma, y otras mentiras que a la gente le importaban poco. Logré coleccionar cuatro dólares y me fui en el bus que estaba a punto de salir.

Los árboles del camino me produjeron náuseas, el aire es más fresco en el oriente del país. El dolor en el pie me mataba y las migrañas de haber perdido la dentadura eran peores. Maldecí haber nacido en todo el transcurso. Recordé aquella broma que le hice a la hermana Blanca en la escuela dominical, empezaba leyendo Jeremías 20 del versículo diez al trece con una voz poética y grité con locura lo escrito del versículo catorce al dieciocho. Se molestó demasiado, primera y última invitación. A veces pienso que nunca leyó la biblia en su totalidad y fue leyendo los fragmentos a estudiar en los cultos o en las reuniones de mujeres.

Me bajé a un pueblo antes y pedí ray al chamaco de una bicimoto. Pregunté por mi tía en la única iglesia evangélica del pueblo, asumí que era su segunda casa.

—Viene al culto de la noche —me dijo el muchacho en la puerta—, espérela aquí dentro —agregó después de sacar su celular y hacer una llamada—.

Ese pueblo era el mejor lugar para criar a un adolescente, ni un solo placaso en todo el lugar. Esa noche mi tía me contó los intentos fallidos de iniciar un brote de violencia pandilleril retenido por los propios habitantes del pueblo hace algunos años.

—¿Que e' usted de ella? —preguntó de pronto.

—Miguelito, su sobrino.

Mi tía llegó media hora después, a lo lejos traía una cara de yegua brava que se fue difuminando al ver mi cara sucia, los moretones y la sangre seca que arroparon mi presencia. Entonces el enojo se convirtió en llanto. Me dio un abrazo muy fuerte que relajó mis costillas. Ella parecía haber perdonado mis faltas de respeto, yo seguía enojado por lo que dijo de mi mamá, pero la necesitaba, así que trate de fingir amnesia. Ella hizo lo mismo, nuestra última interacción nunca pasó más que un hipotético espacio-tiempo lleno de basura y

sangre. Mi primo adoptó la amnesia sin rechistar. Cuando llegué pareció no reconocermé hasta que se dijo mi nombre. Los tres días que pasé ahí, cruzamos palabra solamente para decirnos: hola y adiós. Me dieron ropa y un lugar para dormir, también me permitieron bañarme en su pila y me dieron de comer durante tres días y cuatro noches.

En mi estancia, mi tía hizo múltiples llamadas, más que todo a sus amigos en el exterior para que pudieran ayudarme, pero la primera llamada fue a mi madre para avisarle de mi situación, y he aquí la razón de su muerte moral y la separación prolongada entre ella y yo. Cuando me la paso procedió a insultarme y ordenarme a que volviera.

—¡Venite, bicho culero! —dijo—Yo no quiero ser la nana de un peceta.

No entendía los criterios para ser un peceta pero me lo dijo. Le colgué de golpe, llamó un par de veces a lo largo de la noche sin recibir respuesta de mi parte o de mi tía.

Mi tía demostró su talento para apelar a la caridad de otros cristianos, no por eso era la encargada de la oración de agradecimiento y pasar la canasta de la ofrenda en la iglesia; consiguió que una vieja amiga, suya

—y mía— me ayudará a llegar a los “Yunais”: Andrea Jazmin, el primer beso, la bendición de mi madre, pues podía quedarse dormida el resto de la mañana. Andrea Jazmin, mi salvación inmerecida.

Andrea Jazmín era un año menor que yo, iba a tercero, desde pequeña tuvo el pelo en forma de honguito. Cuando fue creciendo perdió el atractivo, se le abultó la papada, la barriga, sus brazos y piernas se volvieron aguados, su culo y sus pechos crecieron de forma poco deseable. Nos besamos durante un juegos de escondelero. Me escondí en la zona prohibida, a pesar de estar en contra de las reglas. Iban cayendo uno por uno, Andrea era muy buena en ese juego. Tenía un talento natural para desenmascarar los secretos y un muy buen instinto, algo le decía "aquí sí, aquí no". Quedé de último, la observé salir del hoyo en la pared del baño y me oculté detrás de un árbol.

—¡Miguelito...! —dijo.

Me entraron ganas de reír al sentir cerca la hora de correr. Me escaparía nomás se acercará al árbol y correría a toda velocidad a la pared del salón para salvarme a mí y a todos mis amigos. Me preparaba para correr cuando me encontró antes de que pudiera hacer el amague de huir.

—¡Aquí está! — gritó, agarrando mi camisa.

Me miró con la idea recorriendo por su iris. El deseo es algo abstracto a esa edad, en la adolescencia es algo puramente palpable, en la adultez se vuelve un privilegio y en la vejez se vuelve algo secundario, incluso áspero y desgastante; pero recuerdo entender, a tan corta edad, como funcionaba dicho deseo. Y, al parecer, ella también, porque me besó con violencia y salió corriendo. Me quedé petrificado con un sabor áspero en los labios y decidí caminar. Ya no seguí jugando. Me pregunto si aquel beso o la nostalgia de una niñez rebelde fueron la razón de su impagable caridad, pero así fue.

Y así, con la violenta muerte de un inocente rasgando mis entrañas, sin saber el fin de mi amado enemigo y dejando atrás a mi primer amor sin explicación alguna, con todas esas cadenas soldadas a mi tobillo, me fui un sábado en la madrugada para no volver jamás.

Ali. Alicia. Alita. Amor.

Te recuerdo con frío,
con resequedad en la garganta
y un abismo en el estómago.

Quisiera haberte traído conmigo,
pero la sangre es la sangre.
Entiendo tu enojo, tu apatía.

Ambos sabemos que no saldrás limpia
de ese camino de espinas.
Huye cuando puedas.

Roque Barahona

A Gabriela Sola.

En mi pueblo hubo un brujo, su nombre era Roque Barahona. Su semblante era serio, como el de todos los hombres del pueblo. Siempre era visto con su sombrero negro, sus botas de cuero, un pantalón grisáceo, en un par de ocasiones, y una camisa de vestir manga corta, liza o de cuadros. La vaina de su machete se balanceaba por su costado izquierdo chocando con su pierna realizando un ruido mordaz similar al azote de un lazo de cuero sobre las nalgas de una yegua. No parecía dolerle, pero le pegaba un buen susto a toda la gente si lo escuchaba a altas horas de la noche o dentro de un lugar cerrado. Las lámparas que alumbraban las calles en la medianoche, sobre todo las aledañas al cementerio, formaban sombras con la silueta de diversos animales cuando él pasaba.

La gente del cantón La Puerta no paraba de chambriar sobre el tal Roque Barahona, unos decían que se convertía en sope, otros decían que, en un cuche, la dueña de un comedor dijo haberlo visto transformarse en una de esas gallinas ponedoras. En todo tipo de

animal, de toda especie o raza; eso sí, siempre revestidos de pelos o plumas de color negro.

Tengo entendido que vivía en una de las cuevas del cerro, en esas donde vive el diablo, la gente decía que a veces, después que el tal Roque salía a hacer sus maldades a buena mañana, el diablo se asomaba por la entrada de la cueva a bailar. Y si digamos pasaba una muchacha, ya señorita, le ofrecía pisto o comida.

"Ese Roque Barahona está cómodo usando plumas como teniendo escamas o siendo un animal peludo.", decían la gente; también se llegó a decir que lo único que Roque Barahona no quería ser era humano.

Una de esas noches donde los grillos cantan aturdiendo los tímpanos de la gente, fui con mis dos hermanos mayores a una fiesta, con la condición de llegar a la casa antes de las doce. El anfitrión del convivio era mi padrino, Carlos Cortez, aún sigue vivo, sorprendentemente. Pasadas las horas, unos bolos comenzaron a pelear; entre todo el desorden, mi atención se centró en una gallina negra, posada de pie sobre la mesa principal, la gallina observaba de un lado a otro analizando la conducta de la gente, sus bailes y sus secretos. La gente parecía ignorar la presencia de tremenda gallinota por estar ocupados tratando de

separar la trifulca de aquellos bolos. Solo yo y otra mujer nos percatamos de la tenebrosa presencia del animal.

Al cabo de unos minutos, llegó la guardia, primero pensé que habían llegado por el desmadre y la música. Los soldados siempre me parecieron espíritus errantes, cadavéricos; por la noche, sus cuencas se convertían en un hoyo cósmico de mezcolanza y brutalidad.

—Andamos buscando un hombre —dijo en voz alta uno de los oficiales—. Acaban de matar a un muchacho en el pueblo.

Un muchacho que toda la fiesta será pasó recostado sobre la pared cerca de la puerta, dijo:

—¡Ay Dios! esa ya debe ir muy lejos. A ese... ese... el tal Roque Barahona se lo ha de haber despachado, segurito. No, ese ya está bien lejos.

Estaba bien jovencito el muchacho, como en unos veinte años. Yo bien me fijé que cuando dijo "el tal Roque Barahona...", la gallinota pelo los ojos, y se le levantó, como por los nervios, la chorchá. Cuando los oficiales se fueron, pude corroborar mis temores: la gallina era él. ¿Cómo lo supe? Unos diez minutos después de que salieran cada uno de los oficiales, entró él, lo primero en entrar por la puerta fue su sombrero. Pescó al muchacho

por la camisa y lo sacó, voltee por inercia hacia la mesa y la gallina ya no estaba. La otra mujer, que ya estaba pasadita edad, de unos cuarenta años, no como yo, debo decir, que tenía unos diecinueve años en aquellos días; la mujer, que estaba al otro lado de una pared con una especie de abertura circular donde pudimos vernos y cruzar miradas, no pudo ocultar su consternación, por un momento trato de decirme algo con la mirada; al aceptar su falló, dio un suspiro y dijo algo entre dientes, logré leer en sus labios:

—A pues sí, la gallinota esa, el Roque Barahona.

¡Ay, mi Dios!, ¡Lo hizo picadillo!, por una de las pilas que están cerca de la posa, dicen que se escuchaba como si estuvieran matando un cuche.

Un matarín de primera el Roque Barahona, por cualquier cosita, ya sea una mala mirada o algo, era motivo para que él te hiciera algo. A las muchachas las violaba y cuando el marido o el papá de la bicha lo buscaba para darle en la nuca se convertía en un chucho o en un sope.

Otra vez, dice Don Chano que la guardia le fue a tocar la reja, buscando al Roque. Dice que cuando salió, en la mera entrada, estaba el tremendo animal: un

cuche, prietillo, prietillo. Él solo hizo como si nada y fue a atender a los oficiales.

—Andamos buscando a un chamaco que mató a una muchacha por el río.

—Nombre —respondió Don Chano—, no he visto a nadie.

Volteó y ya no estaba el animal. Cuando entro a la casa, allí estaba el dicho hombre sentado tragándose el pan que mi tío tenía guardado para el siguiente día.

—¿Vos eras el cuche? —preguntó.

—¡Puesi vos! —respondió el Roque con el bocado en la boca.

Hoy es pastor. Hace poco que fui a Mercedes lo vi, en la mera entrada del Cantón La puerta. No más lo miré le pregunté a mi primo Luis:

—¿Y ese no es el tal Roque Barahona?

—¡Si, hombre —respondió—, ese es!

—¿Todavía existe? —pregunte sorprendida.

Yo lo reconocí por el sombrero, tamaño sombrero, nunca lo dejo. En vez de un machete, andaba una Biblia en la mano.

—Un gran pastor es ahora —dijo Luis.

Mi papá era su amigo, lo conoció la noche que se le apareció la Siguanaba. Bien bolo iba, le acababan de

dar lo de los cuches, cada mes llevaba unos cuches chiquitos para que los engordáramos y los fuera a vender a fin de mes.

—Este es tuyo, mi Luisita —decía—. Hay te voy a dar la mitad de lo que me den por esté.

Luego cuando le daban el pisto llegaba bolo gritando que no le iba a dar nada a nadie. En fin, una de esas noches a fin de mes, iba mi papá tambaleándose de bolo. Él dice que vio pasar a su comadre, "Adiós, comadre", dijo. De la nada le dio por voltear porque pensó que no lo había escuchado. Y en lo que voltea, ve una mujer horrible, horrible; dice que se hizo grande, de unos dos metros.

—¡Padre santo!— dice que gritó y cayó desmayado.

Cuando se despertó, una toalla húmeda le obstaculizaba la vista. Lo primero que pensó es que estaba en el infierno, porque él jura y perjura que vio, al fondo, la silueta del diablo bailando entre las sombras.

—¡No te la quites—Grito Roque cuando trató de quitarse de la cara la toalla para averiguar sus interrogantes, deseando por dentro que sus cuestionamientos fueran viles espejismos de la fiebre que le embargaba—, ¡espera que se te baje la calentura!

—¿Quién es ese? —pregunto apuntando hacia el frente con la mano derecha y con la toalla a medio jalar por su mano izquierda.

—No te preocupes por él —respondió cubriendo sus ojos y colocando la toalla de nuevo en su frente—. Dormite, te voy a llevar a tu casa en el caballo, solo quiero que te baje la calentura.

—Me apareció la Siguanaba.

—No te preocupes, esa vieja puta no se mete conmigo.

—Calambre puñetero el que tengo.

—Te jodió la vieja. Pero ya te di algo, en un ratito vas a vomitar ese bolado.

—¡Me dejó abarrotados hasta los huesos!

—Así es esa puñetera, traicionera y medio. ¿Estás seguro de que era ella o era otro mal espectro?

—Ella era, si yo bien la vi.

Cuando por fin vomitó una sustancia verde con negro, el diablo dejó de bailar y se fue a meter a lo profundo de la cueva.

—Ahora sí —dijo Roque, pasando el trapeador encima de la volada esa—, te voy a llevar a tu casa.

Llegaron hasta la madrugada, como a las cuatro. Mi mami dice que se despertó por los bufidos del caballo

y el sonido de las herraduras contra el suelo. No más paso por la puerta se dedicó a contarle a mi mamá lo que había sucedido, yo escuchaba desde la puerta del cuarto donde dormíamos las hembras, en la puerta, oculta por la cortina. Mi mamá sonreía al ver los gestos de impresión y la energía con la que mi papá contaba lo sucedido. Nunca los volví a ver tan felices uno con el otro. No importaba nada, ni los cuques, ni las milpas, ni los cafetales, ni los patrones, ni La guardia empujando las cabezas de los muchachos en el lodo, ni los grupos insurrectos surgiendo en los pueblos guiados por las ideas que supuestamente habían funcionado en una Isla del Caribe; solo ese momento juntos desecho el estrés laboral, económico, social y político que nos asediaba sin saberlo.

A partir de ese día se volvieron amigos con el tal Roque Barahona, la gente del cantón La Puerta incrementó su temor, porque mi papá no era cualquier cosa, él también tenía su fama de pocas pulgas, de no amagar ni corrérsele a ninguna pelea. Ay andaban los dos del hombro, bien bolos, los fines de semana en la noche.

A cuánta gente no salvó mi papá de que Roque los matara.

—Nombre puñetero —le decía—, no mates a este puñetero, es amigo mío, trabaja conmigo en la milpa — casi siempre era mentira.

Roque apreciaba a mi papa, nunca se metió con nosotros, cualquiera que tuviera algo que ver con él, ya sea amigo o familiar, era libre de su machete. Después de eso toda la gente del cantón le daba los buenos días a mi papá, por conveniencia, claro. Así fue hasta que llegó la guerra y nos fuimos a vivir a la capital, en esa época ni el diablo podía proteger a sus más allegados. Él mismo llegó a ser lastimado dos veces: La primera transformado en chucho, unos guerrilleros estaban en una práctica de tiro y él llegó de metido a espiarlos, porque quería ver cómo era todo antes de decidir con qué bando irse; total, uno de los muchachos, porque en su mayoría eran muchachos, le dio sin querer con una ametrallador PKM de 7,62 x 54 R en la pata izquierda. La segunda transformado en zope, hay andaba sobrevolando el cuartel, vigilándolos también, cuando un soldado dijo:

—¡Cómo me pueden caer mal los sopes, esos animales llaman la muerte!

Y lanzó dos disparos con una M16 de 5,56 x 45 mm, enviada desde los Estados Unidos de América, debo decir, dándole en un ala.

Ay andaba el pobre con la pierna y el brazo enyesados por meque.

La última noche que lo vi estando yo jovencita, me encontró en el mismo camino donde encontró a mi papa. Desde la mañanita andaba un mal presentimiento, una angustia en la boca del estómago. A esa edad yo viajaba de aquí a allá, haciendo mandados o lavando y planchando ajeno. Esa noche se me hizo tarde, llegué como a las seis o siete al desvío de Granada. Ya estaba oscuro.

—Yo me voy a bajar aquí —dije— que se haga a la voluntad de Dios; porque no quiero irme hasta Santiago de María.

En Santiago teníamos familia donde podíamos llegar y decir: “Mire tía Elba, me agarro la tarde, ¿me puedo quedar aquí?”. La cosa es que me bajé en el desvío, y decidí caminar hacia la casa. Cuando por el caminito ese, a mi desde que mi papá contó lo que le paso me daba miedo pasar por ahí, incluso de día, así que andaba, pero con el corazón que se me salía de la camisa. Ay dios, pero hasta se me pararon los pelos del cuello cuando escuche

a lo lejos el bufido del caballo y la herradura rompiendo todo lo que chocaba a su paso. A mi ese hombre me daba pánico por todo lo que mi papá contaba sobre él. Así que comencé a acelerar el paso con mis chancletas todas desgastadas, lástima que, obviamente, el caballo me alcanzó.

—¡Luisita! —grito— ¡¿Sos vos?!

—¡Si, Don Roque! —respondí, ¡disimulando el miedo! ¡Soy yo!

—¿Qué haces andando sola tan noche?

—Me agarro la tarde en el desvío.

Guardó silencio un momento. El bufido de su caballo formaba una nube de humo húmedo. La oscuridad ocultaba sus ojos, pero podía sentir su mirada tocándome los pelos del cuello. Parecía un vaquero errante con su gran sombrero y sus botas negras.

—¿Tu papá te va a venir a traer? —preguntó de pronto, rompiendo el silencio.

—Ni sabe —le respondí, arrepintiéndome al momento.

—Subite, te voy a dejar.

Le hice frente a mi miedo y me subí a su caballo. toda la gente del cantón lo tenía en la boca como un matarín que entraba a las fiestas del pueblo a buscar a

quien matar y que buscaba a mujeres solas en las pilas para violarlas y desaparecer convirtiéndose en un Garrobo; a mí no me hizo nada, a otra muchacha bien la hubiera jodido, pero el miedo, cariño y respeto que él sentía por mi papá me salvo. “Ay”, dijo quizás, “si yo le hago algo a esta bicha me echo a Sebastián encima”.

Una mujer iba caminando en dirección contraria a nosotros, ya cuando empezamos a caminar, el tal Roque pegó la gran risada y dijo:

—¡Hay va la puta de la Siguanaba!

Hizo correr al caballo para asustarla y desenfundó el machete.

—¡Hoy sí, puñetera! —gritó.

La “Siguanaba” se asustó y ¡patitas para que las quiero! hacia la canaleta, cayendo de hocico en el lodo.

Machacal

La madrugada que maté a mi padre, tomé la decisión de mudarme a San José Cenicero, un pequeño pueblo fronterizo donde él nació. Rechinaron en mi mente las constantes anécdotas sobre su infancia y lo feliz que fue cazando cangrejos y bajando mangos de los inmensos árboles que ahí crecen. Antes de irme, envolví su cuerpo en una colcha vieja, bajé el agua de la pila y lo tiré adentro. Guarde mi ropa con unas prendas tuyas de mi talla y cinco pesetas escondidas en una de sus botas.

El recorrido duró unas cinco horas, el sol calentaba la ventana de mi asiento. Me fui muy temprano para que la luz del sol no tocara mis manos sucias. Los vecinos debieron reportar el olor en unos tres o cuatro días, no lo sé, nunca volví a saber nada de ese lugar, ni por cartas de mi familia, de quienes corté contacto, ni de las autoridades.

Llegué a San José Cenicero justo a la hora en que los comedores abren. El olor a aceite quemado anunciaba que era hora de almorzar. Un par de mujeres que descansaban ebrias en la acera frente a la salida de la terminal, dos de ellas me instruyeron sobre los precios y la calidad de diversos comedores. Decidí ir al

de niña Claudia, era el más económico, por el momento no estaba buscando la mejor calidad, solo saciar mi hambre a un precio accesible a mi situación de sin techo. Se hizo la una de la tarde cuando terminé de comer, la carne me sentó mal en el estómago, el reflujo me amargó el paladar, me endureció los dientes. Sin importar las dolencias, pagué mi comida y salí del comedor.

—¡Vuelva pronto! —dijo alguien.

Afuera, ambas mujeres seguían esperándome por alguna razón.

—¡Muchacho! —grito una.

—¿Usted es familiar de Humberto Molina?— preguntó la otra al momento de atrapar mi atención.

—Humberto Molina era el nombre de mi viejo —respondí—, mi nombre es Mardoqueo Molina.

—¡Te dije, que se parecía! —se dijeron entre sí.

Pregunté sus nombres.

—Paty —respondió una pasando sus manos por su desfigurada cintura.

—Tita —dijo la otra, dejándome ver la putridez de sus dientes a causa del cigarro.

Seguido de una plática sin rumbo ni sentido sobre mi padre, donde tuve que inventar una historia a lujo de detalle sobre su muerte, pregunté por lugares de

hospedaje. Me dieron la dirección de un mesón en el centro del pueblo. Les pedí que me llevaran si no había inconveniente, hasta les ofrecí compartir una pachita para cuando llegáramos. Obviamente aceptaron, mirándome como si mi oferta les hubiera caído del cielo. El peso de la tarde endurecía sus rostros, les sudaba la frente, sus blusas sucias por el sudor amargo de su cuello.

El dueño del mesón me observó de pies a cabeza, seguido de una ráfaga de preguntas que, tiempo después y con más calma, me di cuenta que la mitad de cada una de ellas recibieron como respuesta una rotunda mentira. El hombre, casualmente, también conocía a mi padre; Tita mencionó mi parentesco con aquel hombre y el tipo saltó como si de un viejo amigo se tratara, y así era, Humberto y él fueron juntos a la escuela desde preparatoria hasta noveno grado, me bombardeó con viejas anécdotas, una antología de crónicas fantásticas sobre una cacería de cusucos que salió mal, una guinda que les sacaron los miembros de la guardia, las peleas a puño limpio y las míticas escaladas en un longevo árbol de mango. Yo fingí sorpresa, todas esas historias ya me habían sido contadas hasta el aburrimiento por Humberto gran parte de mi niñez.

Llovió toda la tarde, la pintura se derritió manchando el cubrecama. Me abrigue de pies a cabeza hasta que llegó la hora de comer. Parecía un capullo, rodé y rodé sobre la cama tratando de conciliar el sueño, olvidándome de quién era, cosa que este pueblo me echó en cara desde que bajé del bus. Por un momento pensé en Humberto, sentencié múltiples juicios de valor sobre su crianza, luego abandoné esos pensamientos por inútiles y mal intencionados. «No vale pensar en él» pensé. No logré dormir. Mi atención se centró en las sencillas melodías del viento; en la lluvia moviéndose de un lado a otro, de arriba a abajo, en diagonal, en círculos, o en cualquier otra forma imaginable, azotando sin piedad el techo y abriendo a empujones las cortinas. Recuerdo haber pensado por un momento en mi madre, una imagen de fugas de ella en cuerpo completo. Hice el esfuerzo por regresar a mi memoria su imagen, pero fue en vano, el pasado es un cuento leído con prisa.

Me prepararon una sopa de frijoles con hueso de tunco, huevo duro, yuca, pipianes, queso fresco, crema, limón y aguacate; agregaron un par de tortillas tostadas en Comala y una soda de a dólar con tres cuadritos de hielo para economizar. En el transcurso de la cena mi paladar se fue volviendo amargo con cada masticada. La

lluvia se detuvo. Una ola de calor inundó la cocina empañando el vidrio a lo largo y ancho de la ventana. La única en la cocina, plantada a medio metro del suelo. Desde la mesa parecía ver la pintura de un árbol de mangos con un portón negro al fondo con tonos oscuros en los bordes y una cerradura verde olivo. El dueño del mesón entró a la cocina con su plato Hirviendo, sosteniéndolo con un trapo para envolver tortillas. Lo puso justo en el asiento frente a mí obstruyendo mi vista a la ventana. Era clara su intención de entablar una conversación.

—Tu papá y yo estábamos en un equipo—dijo de pronto, yo asentí desinteresado—, jugábamos en el estadio municipal. "El patas pandas" le decían;—hizo una pausa para darle un sorbo a la sopa— tu abuelo, formó el equipo y por eso siempre tu tata de titular, ¡pero era maleta! La Chana, una muchacha de aquí del pueblo, llegaba a ver los partidos y cuando lo veía jugar le gritaba: "Esté persiguiendo vacas debería andar." ¡Malo, malísimo! Es que a tu papá lo que le gustaba era esto del básquetbol.

—Si, siempre fue maleta —respondí por cortesía, la verdad nunca jugó conmigo a ninguno de esos deportes.

Guarde silencio. El hombre siguió contándome historias sobre Humberto que poco o nada me interesaban. Solo quería terminar de comer e irme a dormir. En esa época cenaba tarde para poder comer a solas y pensar en lo sucedido durante el día para no torturar mi almohada con angustias matutinas. Era parte de mi rutina y cambiar mi naturaleza de un día para otro me trajo como es lógico un insufrible proceso de cambio y adaptación. Acabé mi sopa y amablemente me despedí dejando mi plato en el lavadero. Caminé con velocidad esperando no encontrarme con ninguno de los demás inquilinos y que Dios no lo quiera fuera una señora de la tercera edad. A esa edad las mujeres le dan rienda suelta a su labia sin miedo ni complicaciones, el diálogo es su arte, de un insignificante tarareo o una fugaz sonrisa puede surgir de ellas centenares de crónicas que cualquier cuentista quisiera tener a la mano para llenar con ellas sus páginas en blanco. Gracias al cielo no había nadie.

Entre a mi cuarto, de pie a la puerta, analice mi situación: no me alcanzaba el dinero para pagar el hospedaje ni para comer el siguiente día. De las cinco pesetas, divididas en cuatro monedas de dólar y cuatro de veinticinco centavos, de las cuales gasté tres para

llegar y uno con cincuenta para comer, dejándome tan solo cincuenta miserables centavos para sobrevivir.

«El dueño del mesón tiene talle de ser accesible, puedo prometerle el adelanto de hospedaje para la siguiente semana. Pero no podré comer en estos días si no encuentro un trabajo.» pensé.

Ese era mi plan. Ya relajado, me acosté, la cama estaba más caliente de lo que recordaba, no hubo necesidad de arrojarme por completo y me dormí. No soñé nada. Es extraño. Juro que me desperté como cualquier día, sin sentir nostalgia o cualquier otra de sus variantes.

La mañana siguiente a mi crimen, me desperté resfriado y con una leve migraña. Decidí salir a caminar, conocer el parque y la iglesia del pueblo para despejar mi mente y sudar la gripe. Salí muy temprano para que los vecinos no me vieran, el portón puede ser abierto por dentro sin necesidad de una llave. Aún cantaban los grillos y el cielo era azul oscuro con unos tonos celestes, una señora cargaba en su cabeza un cántaro dejándole a su hijo pequeño llevar una bolsa con masa y otra con frijoles, una en cada brazo. Un señor montado en su yegua jalaba maíz, dominando al animal con una mano y usando la otra para sostener un pedazo de caña que

iba bajoneando como entremés del desayuno. El hombre me miró al pasar y entró en una cuesta forzando las espuelas del caballo contra el lodo.

Trate de ignorar a la gente para no brotar en ellos algún sentimiento de peligro o acoso. Todos conocen a todos, un forastero no puede pasar desapercibido, y un forastero fisgón mucho menos. Había visto el parque de lejos en el mini recorrido que Tita y Paty fueron tan amables de brindarme rumbo al mesón. Pasé por la cancha municipal, El juzgado de Paz, La Alcaldía y La Estación de policía; en el camino pude apreciar las remodelaciones, Humberto decía que durante su infancia todas las casas eran de barro y bahareque, yo solo vi dos o tres de cada una. Los caminos no eran de tierra como él contaba y los maizales prominentes en los que se jactaba haber trabajado, no existían, todo se fue. Escuché tantas anécdotas largas y detalladas que me sentí triste, el tiempo había hecho lo suyo, este ya no era el pueblo con el que tanto fantaseé en mi niñez, más bien era el pueblo que terminé odiando por empacho crónico durante la adolescencia.

El parque de San José Cenicero estaba ubicado, como debe de ser, en el centro del pueblo junto a la iglesia. Los pijuyos piropeaban descaradamente a las

muchachas que salían a caminar alrededor de "La Ceiba" de San José Cenicero, un frondoso árbol en el centro del parque, plantado sobre una base de concreto hecha a principios de siglo, recuerdo que Humberto dijo que el árbol fue plantado antes de que el pueblo se constituyera como tal. El aire fresco me apabulló la nariz, en la capital no es muy común encontrar zonas así de apacibles en donde las sombras no sean producto de alguna valla publicitaria. Un grupo de jóvenes caminaban como si la vida no magullara sus mejillas tiernas, no voltearon ni a verme, cuando salieron del parque sentí muy pronta mi soledad como si su andar desprevenido fuera un recordatorio de mi despojo.

Encontré un puesto de Frozen o lo que sea, pedí uno de mango y seguí con mi recorrido. Era mucho para mí, iba a terminar dando vueltas por el parque todo el día sin rumbo. Por un segundo pensé en ir a la iglesia, ya en la salida perdí las ganas; sus valores sobre la familia y la comunidad me abruman, es un estúpido sube y baja.

De camino al mesón recordé la cuesta que aquel jinete decidió enfrentar. Al fondo logré divisar una enorme pila, deduje que era uno de los numerosos nacimientos de agua colocados estratégicamente en todo el pueblo. «Vieras que fresquita es esa agua», decía

Humberto. En esos momentos sentí un repudio amargo hacia mi niñez, llena de ilusiones y lugares fantásticos que nunca conocí debido a la mano firme que Humberto dejó caer sobre mi existencia.

Mi vida hasta su muerte fue un interminable ir y venir de repeticiones sin sentido, viendo la cara de las mismas personas, andando y viniendo en la misma ruta con los mismos choferes, pasando por las mismas calles. Preguntándome qué estaba oculto dentro de aquellos callejones, entradas y carreteras, por donde el bus reviraba y omitía el paso. Por las noches fantaseaba con San José Cenicero como si fuera mi tierra prometida, mi única oportunidad de salir de mi mundo y de cruzar por diversión la frontera.

Mis pasos aplastaban la tierra como si de un mastodonte se tratara, mis suelas arrastraban a las piedras causando el sonido de una vaca cuando mastica. Mis pulmones eran dos garrafones de aire entrecortado y obstrucciones nasales por el polvo. Camine sin levantar la mirada hasta el momento de pasar por aquella cuesta, me detuve en seco anhelando una señal, una llamarada de locura que me indicara el camino hacia mi viaje sin retorno al olvido y la nada. En un par de segundos descubrí que el hecho de estar de pie,

cuestionando mi actuar, frente al único camino posible y aceptable para mi situación de errante pasajero era no volver al mesón y encontrar el río Malangana y dejar que la vida, la muerte, dios, la justicia o lo profundo del río decidieran mi destino.

Tal vez si Humberto hubiera llegado a la vejez hubiera sido este un lugar para echar las últimas raíces y continuar con su legado, pero su sangre morirá conmigo, no pasará de mis manos, de mis uñas. Ahora que lo pienso, le hubiera encantado que trajera sus restos a Cenicero como última voluntad, lástima que quemar su cuerpo hubiera causado muchas preguntas por el olor y todo eso. La muerte y la agonía son imposibles de ocultar a la gente, lo huele a lo lejos, y su muerte más mi agonía iban a volver la casa en un basurero municipal.

—Tengo que olvidarme de ese hombre—me dije.

Dirigí mis pasos hacia dicha cuesta, caminé como si el viento empujara mi espalda: con el pecho adelante, frenando con los talones. Las indicaciones de Humberto tropezaron por mi memoria, cuando llegué a las pilas, después de tomar y lavarme la cara, seguí el pequeño camino con una reja, lo pasé y seguí el sendero.

Estuve caminando unos cinco minutos hasta llegar a una zarzal, pasé por encima de las ramas, varios matorrales, hiedras que quemaron mis piernas, rocas enormes y plastas de vaca. Luego de eso encontré el camino como bien me dijo Humberto la noche del dos de mayo del dos mil catorce.

Llegué a una pequeña arboleda, por fin conocí los míticos palos de mango de los que tanto hablaba. Agarre una de las piedras que se camuflaban entre los cerotes de los caballos. Baje un par, cinco siendo específico, dos de ellos estaban podridos los demás estaban dulces, quería otro poco, pero el cansancio me venció y disfrute acostado sobre el pasto mis tres mangos. Ensucie mi camisa, me limpie los dedos con el pantalón. Mire el cielo, ¿hace cuanto no miraba el cielo?, es una de esas cosas que siempre están ahí, pero que uno vive ignorando canallamente. Una nube tenía forma de tortuga, de caracol o de nube. Admito que quise que fuera uno de esos momentos de iluminación, donde la naturaleza con su sabiduría y sapiencia actúa de forma vehemente con los pobres vagos con conflictos existenciales. No pasó nada.

Continué mi camino siguiendo los senderos, caminos hechos al andar. Como decía Humberto, mi

padre: “Los caminos se hacen entre dos o tres generaciones, nada se hace en un par de días”. Muy sabio, nunca entendí su paciencia, yo siempre quise las cosas lo más pronto posible, nunca continúe un proyecto luego de cinco días. Me aburro rápido, me siento terriblemente deprimido cuando las horas pasan y no estoy ni cerca de la recta final. Esa era la mayor diferencia entre ambos y el motivo de las múltiples peleas y altercados entre nosotros.

Nuestro último altercado fue producto de una renuncia, logró conseguirme un trabajo en una bodega, pero deje el lugar a la hora del almuerzo y nunca más regrese. Me fui a pasear, a dar la vuelta en la ruta de buses de nuestra colonia. La pelea empezó con un regaño, gradualmente los ánimos se fueron elevando hasta llegar a los golpes. Nos callamos rápidamente con un golpe seco en su cabeza. Me tenían harto sus quejas, solía bajarle la moral a mi madre con sus amargas frases provocadas las cosas más fútiles y estúpidas: un foco arruinado, una camisa mal planchada, etc., etc.

Cuestioné mi crimen con rigor, dos veces rebotando en mis sienes condenando y justificando mis hechos. Antes de llegar al río pase por un terreno desértico. Descubrí un pequeño cañal a lo lejos, un

mísero cuadro de vida rodeado por una tierra muerta que intenta convencerle. Por un momento creí que no era el camino correcto o que no lo recordaba cómo era debido. La memoria no existe.

Las suelas de mis zapatos machacando el pasto, relajaban mis sentidos. Para cuando llegue a la quebrada, un atardecer para nada asombroso despedía la tarde sin ganas de darle rienda suelta a la noche. La quebrada era un buen lugar para vivir como un ermitaño recalcitrante, comiendo cangrejos, arañas — Humberto decía que esas arañas no pican o si pican, pero no son venenosas— y mangos, bajando todo con el agua que nace de entre las piedras. Todo lo que un hombre necesita, lo necesario: solo agua, comida y la posibilidad de que la naturaleza castigue tus pecados.

No podía quedarme ahí, a pesar de lo encantador de ese plan, el cuerpo no me permitía seguir con él. El viento me empujó saltando las rocas y mojando mis piernas cuando el agua me acorralaba. Todo con el fin de llegar al río, al "Machacal", como Humberto lo llamaba. Aún no sé, después de todo, si ese es su nombre o un sinónimo de río para la gente del pueblo.

«Cuando comiences a sentir un olor como a piedra y hojas mojadas, ya casi estás llegando».

Ya me estaban empezando a matar las pantorrillas y sentía punzadas en la espalda baja.

«No más llegues vas a encontrar una piedra grandota, grandota. Ahí... justo de esa piedra te vas a aventar, cuando salgas te vas a dar cuenta de todo lo que te he estado hablando».

Pude sentir el olor que deja el petricor de la lluvia luego de una tormenta, y allí estaba, la reconocí al mirarla. Una tremenda roca en forma de rana, encima de una pequeña cascada como una gárgola o una estatua en la cima de todo. Las piedras del río cantaban. Quizá era mi estado de ánimo el que volvía su sonido en llantos y reminiscencias. Subí a la cima de esa cascada, no sin antes dejar mi ropa debajo de una roca. En boxers, descalzo, con los pies cansados y los pectorales adoloridos, pero llegué hasta la rana. Desde arriba el viento soplabo bocanadas frescas como si metiera hojas de menta por mis fosas nasales.

El agua está helada, mis dedos se acalambran clavándose las uñas mutuamente. Dudo por unos segundos antes de saltar. Y salto. Ahora que lo pienso, no pude conocer el pueblo por completo. No fui a conocer la granja donde Humberto trabajaba en las vacaciones de Marzo —En agosto, sino mal recuerdo, vendía

tomates en los buses—. Todas las vacas detenidas por la reja, mascando pasto, manchadas de su propia mierda, hartadas por las moscas, cada una con un crotal en la oreja para llevar el inventario de ellas y sus becerros, etc., etc., etc. Esa era la descripción que Humberto daba de su trabajo. No le gustaba trabajar allí, no sé si era por el aseo diario que esos animales necesitan o porque hubiera preferido no trabajar en esas épocas mientras los niños con tele descansaban en sus casas, yendo a balnearios o visitando la capital.

Caigo al agua, está el doble de fría. Salgo con el cuerpo pálido y los músculos relajados. Las chicharras cantan, ¿Habían cantado antes? Ojalá llueva de nuevo. Los lugares son lo que uno decide que sean, tienen el color del ánimo en turno.

El resto del pueblo es solo la polvacera de aquella antigua tormenta que enamoró a mi padre, pero este lugar es tal y como Humberto lo describió, sin ningún cambio de esos que el paso de los años suele realizar.

Voluntad precoz

Estabas dormida, con la camisa de educación física encima del rostro. La tela sintética fungía como un muro delgado entre tu boca y la mía. No te enojaste al darte cuenta. Realmente creí que estabas despierta. Tus labios eran suaves, cálidos, dos llamaradas de astucia y gracia, separados, el labio inferior del superior, por un lago donde habita una nueva especie que se mueve dentro y fuera del agua, con un sabor que define, espléndidamente, a través del simple acto de besarlos, las violentas mareas donde el deseo y la inocencia chocan de camino a la superficie.

Nada parecía importarte, vagabas por el salón de tu asiento al de Nicole, dejando trozos de tu hastío por la cerámica. Te amé desde que tengo memoria, nunca tuve el valor de acercarme de esa forma. Siempre llegué tarde. En cuarto grado, cuando te gustaba, anduve enfocado en los intramuros, en los uniformes o si por fin iba ser titular; de pronto te interesaste en Antonio y me quedé sin nada, incluso sin fútbol, Alexis quedó como volante izquierdo titular. En quinto grado fuiste novia de Adilson, en sexto de Fernando, en octavo de Guayo y en noveno de Fernando, otra vez, pero solo el primer

periodo. El segundo periodo, terminaron en la semana de vacaciones por una supuesta infidelidad de tu parte. Nunca lo creí. Tu versión de los hechos fue enterrada bajo las habladurías y anémicas pruebas que todos aceptaron como la verdad. Te alejaste de todos excepto Nicole, ella fue tu refugio, el refugio que hubiera querido ser; si tan solo la vida entendiera su propia naturaleza.

En noveno grado, las mal llamadas quince primaveras nos habían alcanzado; tú llegaste bendecida: tus piernas se alargaron, tus dientes se emblanquecieron volviendo un éxito el procedimiento dental al que fuiste sometida desde sexto grado; recuerdo tus bustos, pequeños, del tamaño de un cuenco para bebés, pero con la tersa suavidad que la fantasía puede proporcionar. Alta, delgada; tu cabello besaba con filo tu cuello y hombros; tus labios, creo que ya describí tus labios; si tuviera que describirte en pocas palabras, en una sola frase, para no volver esto una carta abarrotada de descripciones, diría que: Eras una voluntad precoz, una dicotomía sorda entre el morbo y la ternura. En cambio, yo, mi presencia, ya no se diga mi higiene personal, era producto de burlas y asco. Rara vez mi uniforme estaba limpió o sin algún remiendo. Oía muy mal, no acostumbraba a bañarme seguido, me

duchaba un día sí, un día no. Mis últimas dos muelas necesitaban endodoncias y sufría de reflujo a tan corta edad, dicha combinación volvió mi aliento un amargo bálsamo; cada insano diálogo que mis compañeros compartían conmigo salían a relucir gestos disimulados de educada repulsión. Había uno que otro que volvía mi ser en una burla, llamándome de diversas maneras que me es imposible de recordar sin volver a sentirme sucio y ridículo. La mayoría de ellos gozaron con la dicha de tener tu afecto en esas épocas, sobre todo Adilson y Fernando.

Ese año llegué con la noticia de haber conseguido novia durante las vacaciones de diciembre, todo era un invento. En esa época una muchacha de aspecto y complexión similar a la tuya se mudó a mi pasaje con su hermana menor y su padre, el paradero de su madre fue un secreto que ninguno de los amigos del pasaje se interesó por descubrir. Dedicamos varios meses a practicar tácticas estúpidas de cortejo que no sirvieron para nada, nadie tuvo el valor de hablarle a pesar de las horas que pasaba sola en las tardes. Tarde o temprano su padre fue reclamando a cada una de nuestras madres con el fin de que dejáramos de hostigar a sus hijas. Cuando mi madre me preguntó el porqué de tales

reclamos, mentí y dije que ella y yo teníamos una relación, mi madre juró guardar el secreto y decidí llevar también dicha farsa a la escuela. No fue la última vez que lo hice, tu fuiste mi novia falsa en bachillerato y el primer año de la carrera. Puedo decir con orgullo que le guardé fidelidad a tu recuerdo durante cuatro pesados años. Quería despertar tus celos y no conseguí más que tu interés por los detalles o trivialidades de mi novelesca historia de amor. Los demás se resignaron ante mi farsa y tomaron como verdad o como una mentira que no valía la pena desenmascarar. Tú no, tu intriga se extendió por días, azotándome con inesperadas preguntas sobre mi relación para, me imagino, tener un panorama amplio de tal acontecimiento. Respondí cada pregunta sobre la marcha tratando de no contradecirme ni exagerar la trama, acoplando mi personalidad a los diálogos y definiendo a través de frases, situaciones e historia familiar el arquetipo de morrita que se enamoraría de alguien como yo.

En esa época, nuestra relación se volvió estrecha, yo escribí múltiples cartas hacia ella que tu leíste sin ser consciente que dichas palabras, que de vez en cuando lograron sacarte un gesto de tierna simpatía, eran resultado de una admiración religiosa hacia la curvatura

de tu mentón, oculto por tu cabello cuando te sentabas a leerlas. Dichas imágenes no envejecen, mueren conforme el segundero avanza por cada índice, pero, en el último segundo, antes de llegar al sexagésimo, tu retrato vuelve a nacer con el doble de brillo y un realismo mordaz.

Cuando me enteré de tu rompimiento con Fernando consideré oportuno introducir en dicha conversación la noticia del mío. A los chambrosos ahí reunidos no pareció importarles, sin embargo, ya era de tu conocimiento para la segunda hora. Durante el segundo recreo te desahogaste conmigo, estabas triste, aunque tu tristeza, profunda y bella, no parecía ser producto de dicho acontecimiento. Había algo detrás, una cadena polvorienta esposada a tu cuello que no te permitía respirar con normalidad.

—No te achiques —te dije.

—Eso ya me da igual—respondiste con la voz apagada—. Lo que me importa es la reputación que me están dando a base de una mentira.

—Yo no le creo —dije, rápidamente—. Él te fue infiel a vos, ¿verdad?

—No, fue otra cosa... pero no te puedo contar. Me da pena hablar de eso—sentenció mirándome, tratando

de contarme lo sucedido a través de su mirada. Pero siempre fui un analfabeta de sentimientos y no entendí su triste confesión. Me quedé observándola con benevolencia con un deseo intenso de besarle hasta arrancar su tristeza y el polvo en sus pupilas.

La siguiente hora, el maestro de inglés decidió, como muchas veces, estar enfermo para impartir su horrenda y mal dada clase. Nadie se quedó en su pupitre, otros, entre ellos tu ex, salieron del salón a jugar pelota a la cancha. Yo también iba a ir, pero no quería perderte de vista en ningún momento; por si acaso levantabas la vista buscando un refugio para el agobio y lo encontraba en otros brazos más cálidos que los míos. Te dormiste, para evitar que el sol arruinara más la situación interrumpiendo tu sueño pusiste una camisa de educación física de dudoso origen en tu cara. Ante la soledad del lugar me acerqué y puse tu cabeza sobre mis piernas, en ese momento creí que estabas despierta y disimulabas avalando mis acciones. Tu respiración calentaba la camiseta. Aventure mis dedos por todo tu rostro, adivinando cada cavidad nerviosa que le daba origen a tu sonrisa. Toque tu boca, suave masmelo con sabor a fresa y botonetas. Acerque mi rostro hasta sentir que nuestras respiraciones se volvían una sola y choque

mis pendencieros labios, con sabor a huevo picado, contra los tuyos; sin importar las repercusiones morales que cayeran sobre ti. No te despertaste, así que volví a besarte. Cada beso duraba menos como si el tiempo o la parte de mi cerebro que lo percibe lucharán por hacerme recapacitar, diciéndome: Entre más constantes, los besos y caricias pierden su cometido. Me levanté del asiento con la misma suavidad y ligereza.

En ese momento vi unos ojos ocultarse tras la ventana, era Adilson, había visto de comienzo a fin mi desagradable acto. Atrapado in fraganti, lo observé con temor, me agobiaron las repercusiones de mi hecho: una expulsión, burlas, habladurías; etiquetas como "pervertido", "sucio", "precoz"; regaños moralistas sobre los modales de una dama y axiomas ridículos como: "el hombre llega hasta donde la mujer lo permite", todo eso; y, lo peor, tu desprecio por arrastrarte a dicha situación. Me rendí al momento de verlo correr, me senté hasta el final, en el último pupitre. Miré el reloj de vaca arriba del pizarrón, faltaba poco para acabar la hora, la siguiente clase era Moral y Cívica y la maestra Rosalinda nunca fue muy buena para mantener la disciplina. Así que acepte el castigo, la

destrucción social era la condena adecuada para mi grotesco intento de tocar el cielo.

Sonó el timbre, o no, no recuerdo muy bien si sonaba el timbre al culminar la hora de clase o solamente para entrar y salir a recreo. Mientras entraban todos, apurados, empujándose como una manada de elefantes, la angustia apuñalaba con el arte del mejor asesino mi estómago esperando la entrada de Adilson o la de Fernando. Mi gastritis empeoró. Los intestinos se batían en una batalla campal, una violenta bifurcación arremetió contra mis entrañas, la mitad de mi estómago ansiaba alcanzar el suelo y huir de mí, mientras la otra mitad resiste en su lugar con voluntad férrea. El reflujo gastroesofágico se intensificó, con cada eructo pedazos de masa con sabor al huevo picado del día anterior chocaban con mis dientes. El sabor dulce que la tela no pudo detener fue tragado por un amargo sabor a mierda. Estuve al borde del vómito y la diarrea. Cuando entró Adilson, su lengua escupía quien sabe cuanta ponzoña sobre el odio de Fernando.

—Ya no es su novia—me dije— lo que importa es lo que dirá ella. No importa. ¡Que no le diga, Dios mío!

Mis palabras recorrieron mi cuerpo relajando los puntos de tensión. Al sentarse, cesaron mis aflicciones. Fernando mostró algunos gestos de decepción, su rostro se arrugó a pesar de sus intentos por disimularlo, repitió unas cinco veces: “Me vale verga, majee; me vale verga.”, mirando con desprecio y tristeza tu silueta. Mientras tú hablabas con Nicole tratando de alegrarte por su exitosa vida amorosa y sus artificiosos planes de un futuro que nunca iba llegar. Lance un eructo que aflojo mi ser, me quedo un sabor a mierda y a muerte en la boca, junto con un malestar dental que abriría la puerta a los futuros arranques, dolores y operaciones que azotaron mis muelas en la última etapa de mi adolescencia.

Adilson se puso de pie, decidido a delatarme. Acepte —una nueva contradicción— los peores escenarios que mi diminuta imaginación pudiera brindarme. Cuando llego a ti, observó, escuchando la conversación hasta hacerse notar. Para mi mala suerte, tu atención se guio por el instinto humano de no ignorar a un viejo amor, sin importar que los fantasmas que rodean su contorno quemen las cicatrices de antiguas fricciones entre su piel y la tuya.

—¿Ahora andas con el mono? —dijo con la sensibilidad de un perro callejero.

Hubo un silencio seco en casi todo el salón. Tú, respondiste con un gesto de confusión, negando con la cabeza.

—¿Por qué se estaban besando, entonces? —dijo, alzando la voz.

Volteaste a verme consternada.

—Tenías la cabeza en sus piernas—continuo.

En ese momento quise llorar, me imaginé la vergüenza que te perseguiría persistentemente hasta el día de la graduación. Era una bestia, un mandril abusivo; un asqueroso perverso con aliento a mierda. Y tú, miraste con una moribunda benevolencia mis ojos enrojecidos, mi boca temblorosa y el tórax a punto de desprenderse de mi cuerpo. No sé cómo, pero lograron despertar tu piedad, me observabas como a un perro delgado por la falta de alimento y la sobreproducción de hambre. Sonreíste entendiendo mi predicamento y de tu boca salieron las palabras que mi pobre corazón adolescente quiso escuchar desde hace tiempo.

—Si, ya andamos —en un tono entre broma y verdad.

—Sos rápida —te contesto.

—Hay que andar en la viva—Sentenciaste sin decir más.

Fin de la conversación. La seño Rosalinda entro al salón. Adilson se fue a su asiento. Fernando disimulo su llanto durante toda la clase mirando su cuaderno. Tu volviste a centrar tu atención en Nicole, no sin antes voltear hacia mí y sonreír, una sonrisa simple, sin mostrar los dientes ni levantar las cejas.

Lo que quedó de la hora lo pasé en silencio, no quería decir algo que me pusiera en el foco de los demás. La auto- marginación es un privilegio. Te observé observarme observándote observarme. En el recreo fui el primer en salir, me escondí entre la turba reunida en el salón de usos múltiples jugando pelota, hablando y comiendo pupusas revueltas en bolsa plástica. Fueron quince fugaces minutos, cuando terminé de observar todo desde la última grada ya había sonado el timbre de entrada. Solo faltaban dos horas para marcharme a casa a fingir por unas cuantas horas que ese lugar, ese Faluya de la educación básica, no existía en lo absoluto, ni siquiera las personas buenas, hermosas y únicas que ahí se dejaban divisar. Tú para ser específico. En ese corto lapso de tiempo decidí dar inicio a mi plan para olvidarte, no valía la pena sufrir y frustrarse por una batalla perdida desde el minuto uno. En esa situación, yo era un ave queriendo alcanzar la luna. Tenía que

convencer a todo mi cuerpo que quererte no era lo indicado, ¿Imagínate pelear dos luchas perdidas al mismo tiempo? Olvidarte y tenerte eran tan imposibles que ni toda la voluntad que el proceso hormonal de la pubertad me pudiera brindar serviría para cumplir dicho milagro. Podría romper los resortes de la cama pensando en miles de mujeres hasta dejar pegajosa las sábanas o mis boxers, pero hubiera sido en vano, mi amor por ti era abono de rosas blancas; amarte hasta el fin de mis días, o hasta la adultez, sería mi llano destino.

Entre, el profe Miguel ya estaba dentro del salón, sentado en la silla del escritorio con la postura de un perezoso.

—¡Vaya, vaya, —gritaba— vayamos entrando, vayamos entrando!

Pase por tu asiento, Nicole me miraba fijamente, juzgándome, burlándose de mi forma de caminar, de la suciedad de mi camisa, de lo quemado de mi pelo y la versátil forma de ponerme en ridículo con solo caminar. El profe Miguel dio la clase con la característica molestia de cualquier maestro de Ciencias Sociales. Desde mi asiento observaba a todos, imaginando diversos escenarios, inspirados por mi exposición a los megablockbusters de este siglo. Escenas de acción que

alzaban mi imagen al título de héroe. En la mitad de ellas estabas tú, necesitada de mi ayuda, agradeciendo mi heroísmo con un beso. En todo eso, el profe Miguel tuvo que salir del salón a ser algo, no me fije de su ausencia hasta que escuche tu voz llamar a alguien:

—¡Precioso! —Voltee a ver; quienes estaban a tu alrededor me miraban sonrientes. Odio recordar sus sonrisas.

Mire hacia otro lado, no me interesaba esa gente, solo tu. Volví a escuchar tu voz.

—¡Precioosoo! —Voltee de nuevo, esta vez, directo hacia ti.

Fue la primera vez que tu sonrisa me causaba algún tipo de malestar. Siempre fui experto en reconocer la sonrisa de una persona cuando se burla de mí, la practica hace al maestro. Estúpidamente, abrí la puerta a una dolorosa situación que duraría exactamente cinco meses, un día y tres horas, con una sonrisa producto de un enamorado nerviosismo.

—¡Tan chulo! —respondiste.

Así inició esa broma. Cualquier novato en psicoterapia diría que fue el placebo para la profunda tristeza que cargabas y que para mí sigue siendo un misterio. Dejaste atrás la melancólica confianza con

Nicole y le diste una oportunidad a los demás de reanudar la convivencia. Aquella mentira pasó de moda gracias a mí, volviste a ser tú. Al principio solo era piropos como precioso, chulo, mi niño; seguido de frases como: "Changuito y yo, somos novios" o "Tan chulo mi monito"; un mes después, sostenías mi mano y la ponías en tu cintura. Todo eso se acababa cuando daban las doce y era hora de volver a casa, saliendo de la escuela yo no existía en tu vida. Sin embargo, tú formabas parte de mi vida sin descanso para comer, mojando mis tardes con el rocío de tu boca y la remembranza del calor de tus labios traspasando la tela con impunidad. De vez en cuando Nicole u otra de tus amigas replicaban la broma, las detenías fingiendo estar celosa, determinando la posesión y el monopolio sobre mi humillación.

La última fase de esa broma, ya por finales de junio, principios de julio, el último mes que nos vimos antes de la edad adulta, consistía en una premisa simple: El changuito y yo nos vamos a casar. Muy pronto, alumnos de otros salones, maestros, y hasta las señoras de la comida se enteraron de esa broma.

Todos en el salón eran conscientes de la incomodidad que me causaba sus gestos y comentarios. Te habías vuelto la peor persona dentro de ese lugar, el

reflejo de todo su enfermizo ambiente. Me daba vergüenza amarte, a pesar de ser el único en conocer dichos sentimientos. Puedo aceptar, aunque sea innecesario por como terminó nuestra historia, que llegue a odiarte; que cada broma volvió tu dulce presencia en un virulento jugo, empalagoso y rancio, que machacaba mis nervios engendrando diversas señales de alerta de un profundo trastorno que atormenta mi cuerpo hasta el sol de hoy: la vista borrosa, mareos constantes que volvían el suelo una tabla sobre la sádica turbulencia del mar, espasmos en diversas zonas del cuerpo, pesadez en las sienes, y, por último, constantes pesadillas sobre la monotonía de la muerte.

¿Habrá un juicio del destino a los amores que, por culpa de su lasitud, en vez de ser fuego fueron niebla; cuando los amantes decidieron, unilateralmente, aberrarse en vez de amarse? Si lo hay, esa sería la única explicación de mi actuar y tu actuar aquella tibia mañana de agosto, un día antes de las vacaciones donde fuimos antagonistas de dos obras esa misma mañana. La primera conocida por todos nuestros compañeros, a menos que su memoria la considere irrelevante; y la segunda, oculta entre los oxidados tornillos un pupitre

viejo. Nuestra coordinadora se enfermó y no se asomó por la escuela esos tres días. No recuerdo si fue el propio día del niño, un día antes o un día después.

La seño Rosalinda tomó las horas de nuestra coordinadora, no dio clases, pero el primer día dejó una tarea: montar un drama sobre cualquier tema, pero con un mensaje o reflexión que quisiéramos brindar. Fuiste en mi grupo, ¿te acuerdas?, junto con Nicole y Estevez. La tarde del día anterior escribí un guion, copiando la estructura de las obras guardadas en los cajones del mueble. Dicha tarde me lancé sobre aquella desgastada computadora con falso en los conectores. No hice un segundo borrador, cuando fui leyendo los diálogos y las descripciones no podía ver más que una genuina virtuosidad prematura; hace pocos días encontré dicho trabajo acompañado de varios poemas inentendibles con retazos de mugre incrustados en los renglones.

TRAICIÓN

OBRA EN TRES ACTOS

ACTO I

(Parque)

(Marvin y Nicole entran caminando, tomados de la mano)

NICOLE: ¡Ay, mi amor, como te quiero! (Se detiene para conversar) ¿Verdad que vamos a estar juntos, toda la vidaaa?

MARVIN: Si, bebe. Obvio que así va a ser.

NICOLE: Fíjate que quiero presentarte a mi mejor amiga.

MARVIN: A ver.

(Entra en escena a Gabriela)

NICOLE: ¡Amiga!

GABRIELA: ¡Amiga!

(Se abrazan)

NICOLE: Amiga, te presento a mi novio. ¡Lo quiero mucho!

GABRIELA: ¡Ay, cómo me alegro!

(Se acerca y le da la mano)

GABRIELA: Gusto de conocerte. Mi amiga me ha contado de ti. No la vayas a lastimar, por favor.

MARVIN: No, no se preocupe. Nunca.

GABRIELA: (Con una mirada coqueta) Muy bien entonces. Pórtese como un caballero.

NICOLE: ¡Ey, vamos a comer!

(Los tres salen)

TELÓN.

ACTO II

(Parque)

(Entran Gabriela y Marvin)

GABRIELA: Que bueno que si pudiste salir conmigo. Espero que mi amiga no te pegue.

MARVIN: No, no se preocupe.

GABRIELA: La verdad te invite porque quería decirte una cosa. (Se acerca a él)

MARVIN: Dígame. Dígame.

GABRIELA: Me da pena.

(La toma del brazo)

MARVIN: Dígame. No tenga pena. Aquí puede hablar lo que quiera.

GABRIELA: Se lo digo con todo respeto, porque usted es novio de mi amiga, pero usted me gusta.

MARVIN: Usted también a mí.

GABRIELA: ¿Enserio?

(Sujeta su cintura y la acerca a su cuerpo)

GABRIELA: Eso me gusta.

(Beso)

(Nicole llega, de repente, y los encuentra)

NICOLE: ¡No puede ser! ¡Mi mejor amiga y mi novio! ¡No, no puedo creer esta TRAICIÓN! (A Gabriela) ¡Y yo que confiaba en ti, mejor amiga, que ciega fui! (A Marvin) ¡No mereces que te diga nada más que esto: Esto se acabó. No supiste valorar este amor!

(Nicole sale corriendo indignada. Marvin corre detrás de ella. Un segundo después sale caminando Gabriela)

TELÓN.

ACTO III

(Callejón)

(Nicole entra, está triste; se cubre el rostro con las manos)

NICOLE: (Alterada) ¡No puedo creerlo, no puedo creerlo! ¡¿Cómo pudieron hacerme eso?! No puedo soportarlo, ¿Cómo voy a seguir adelante?, mi vida está arruinada.

(Saca una gilet de su bolsillo y se corta las venas en el brazo izquierdo. Cae al suelo, desangrada)

MARVIN: ¡Amor, amor!

(Marvin la encuentra y queda petrificado)

(Gabriela llega, choca con su espalda, y grita al ver a Nicole)

GABRIELA: ¡No, amiga, no! (Corre hacia ella y sostiene su cabeza sobre sus rodillas)

(Un hombre entra, es un doctor, y se fija en la situación)

DR. ALEXIS: Con permiso, soy doctor, voy a verla. (Revisa sus signos vitales) ¡Está muerta!

(Gabriela lloró con fuerza. Marvin cae de rodillas y también llora)

MARVIN: ¡Y todo por mi traición!

TELÓN FINAL.

.....

Obviamente exageré mis habilidades, la falta de conocimiento empírico y teórico en el tema me habían llevado a abordar una estructura simple. Sin mencionar lo poco convincente de la actuación y la falta de gesticulación de todos los involucrados, incluyéndome; los diálogos eran flojos y sin ningún valor narrativo; la moraleja de la historia era anticuada y sosa; y lo peor de

todo, un pésimo final, digno de cualquier programa barato de televisión. Todo unido y conducido por cuatro personajes unidimensionales, robóticos, con nulo entendimiento del mundo que los rodea y cero identidad, podrían pertenecer a cualquier clase social, podría estar vivos o muertos o pertenecer a un grupo armado insurgentes atrincherado en el parque nacional planeado un golpe al enemigo. No importa, son tan planos que pudieron ser rocas o sacos de papa en vez de humanos.

Sin embargo, al salón les gusto, les causó mucha gracia las diversas improvisaciones que surgieron con el fin de mantener su atención hasta llegar al final. Actos como tropezarme con el cuerpo de Nicole en el comienzo del acto tres y seguido recibir un coscorrón de Alexis cuando estaba de rodillas al final, o el hecho de que ninguno pudo aguantar la risa en ninguna escena. Todo eso confabulo a nuestro favor. El comienzo del segundo acto fue escrito con el fin de fingir un beso contigo. En el momento, me acobarde, y tuviste que agarrar mi brazo y ponerlo en tu cintura, sostener mi cara y chocar tu frente con la mía, cubriendo nuestros rostros con tu pelo y gritar: ¡Mua!, antes de soltarme. Como era de esperarse causó un griterío en el salón,

todos gritaron al unísono: "¡Changuito!", repetidas veces. Sus voces aturdieron mis oídos. Miré tus ojos sin dejar de sostener tu cuerpo, al sentir tu calor, mi ser despertó un sucio instinto. Antes de soltarte para seguir con la escena, la punta de mis dedos sintieron tus nalgas lisas; la curva superior, la división entre una y la otra, gozaban de una suavidad contundente; fue un milisegundo, pero en ese limitado tiempo encontré la forma para acabar con tu jayanería de una vez por todas.

Cuando acabó nuestro acto, las risas continuaron incluso después de tomar asiento. Mi atención se fijó en ti, las demás actuaciones me fueron indiferentes. Durante el resto de la hora solo existías tú, desde mi asiento tenía la vista fija en la exposición de tu cuello y el despliegue de tu corazón asomándose por la parte inferior de tu asiento. Pase mi mano derecha por mis muslos hasta que el antes mencionado instinto goteara mojando mi boxer. Oculte con vergüenza mi erección con mi bolsón sin dejar de mirarte y volver más difícil de justificar mi situación.

Extraña y proféticamente, la siguiente clase que debía ser impartida por el profe Miguel, que rara vez faltaba, se vio cancelada por una muela rota en su boca que le imposibilitó ir a trabajar ese día. Como siempre,

todos se fueron al salón de usos múltiples, menos tú, Nicole y yo que fingí estar dormido para seguir ocultando el endurecimiento de mi miembro. Cuando ya me sentía menos indispuerto, me puse de pie y me acerqué a ustedes. Estaban en la entrada, Nicole planeaba salir a comprar cuando te hizo saber mi presencia con la mirada. Me miraste de reojo y sonreíste con esa soterrada vocación de gamberra que adoptaste hacia mí y que estaba a punto de terminar. Antes de que Nicole saliera, en son de burla, pusiste mi brazo en tu cintura. Nicole lanzó un chiflido y se fue sacando del bolsillo de su falda un par de monedas. Aun no comprendo porque no te fuiste con ella, puede hacer que haya hechos que, por más horrendos que sean, son inevitables de postergar. Cuando Nicole salió del radar, quitaste mi mano y trataste de volver a tu asiento y ahí, justo ahí comenzó el segundo drama que realizamos juntos ese día.

.....

HAIKU

OBRA EN UN ACTO.

ACTO ÚNICO

(Salón de clases)

(Gabriela se mueve de la puerta y se dirige hacia su asiento. Marvin la detiene, sosteniendo su brazo derecho con una mirada endemoniada)

GABRIELA: ¿Qué pasa?

(Con la mano izquierda cierra la puerta de golpe y jala con la otra a Gabriela hacia el fondo del salón)

GABRIELA: Marvin, déjame, ¿qué te pasa?

MARVIN: ¡Cállate!

(Al llegar al fondo, pone la mano en su boca y la sube a empujones a la mesita de un pupitre. Gabriela lanza un pequeño grito antes de ser sometida)

MARVIN: Shhh...

(Los ojos de Gabriela denotan un pánico inmovilizante. Está petrificada mientras Marvin baja su pantalón con su mano derecha sin dejar de tapar su boca con la otra)

MARVIN: Me gustas, siempre me has gustado. Estoy enamorado de ti desde cuarto grado. Se que no soy tan bonito (Su pantalón cae) pero te daré el mundo, lo que quieras; (baja su boxer, sacando su pene) ¿Crees que

puedo llegar a gustarte? (acerca su pelvis al espacio entre sus piernas)

(Penetra cinco veces con fuerza y rapidez. Gabriela gime de dolor sin hacer el menor ruido)

MARVIN: Te trataré bien. Voy a ser el mejor novio que has tenido. No importa como acabe lo nuestro.

(Vuelve a penetrar con velocidad y fuerza, esta vez siete veces. Gabriela vuelve a lanzar otro gemido mudo como si se ahogara. Las lágrimas se escapan de sus ojos incrementando el horror en su mirada)

MARVIN: Sos perfecta.

(Choca su boca y jadea en su cara como un perro. Vuelve a penetrarla cinco veces nuevamente antes de acabar)

MARVIN: (A parte) El amor es un tumulto de intenciones perversas.

(Eyacula. Cae cansado sobre ella con la cabeza en su pecho. Quita la mano de su boca, Gabriela no grita sigue con una mirada temerosa y muerta)

TELÓN.

.....

Mi simiente ensucio tu blúmer, se me olvidó bajarlo antes de hacerte el amor. Subí mi pantalón y me fui a sentar tratando de saborear el hecho con cada parte de mi cerebro. Te quedaste ahí sentada hasta que Nicole volvió y tocó la puerta. Hizo una broma sobre el hecho de estar encerrados, no respondiste y decidiste cambiar de tema. A partir de ahí cesaron las burlas, tú misma te encargaste de enterrar ese relato. Durante todo ese día mi nombre o mi apodo no tocó tus labios. Las horas se fueron volando, dejando a su paso nuestra inocencia, me preocupaba que mis acciones provocará una rotura irreparable en nuestro convivir. Y así fue. Yo dejé de existir en tu vida y tú en la mía cuando el reloj dio las doce. En el fondo, creo que deseaba no volver a verte jamás o hasta que tu memoria flaqueara y lo sucedido se volviera una mancha roja en esa oscura empresa que es la juventud.

Mi familia nunca fue de salir durante esa época, en el trabajo de mi padre no lo contaban como asueto contrario a lo que la ley exigía, así que me quedé en casa, sobre la hamaca, mirando películas y series por cable desde la mañana hasta la hora de dormir. Ese domingo a las nueve de la mañana, un pandillero llamado Yuri Mauricio Torres, alias "Badboy", fue brutalmente

asesinado en el callejón desolado que dividía a los pandilleros de tu colonia con los mareros de la mía. Badboy vivía en el pasaje al lado de la escuela, muy pronto hubo una política de cero tolerancia para los que venían de mi colonia y mi madre fue a matricularme en un colegio en el centro antes de empezar el último periodo. Me fui sin despedirme ni avisarle a nadie. Quise contarte la situación con la esperanza de que tu corazón bueno y bondadoso hubiera perdonado mi falta, pero no encontré la forma de hacértelo saber. En esos nuevos lares sufrí más de lo mismo, aunque tuve algunos golpes de suerte como mi primera novia, que luego abandoné por ser considerada fea ante los ojos de unos camaradas. Mientras era ignorado o zapateado en grupo por la anormalidad de mi presencia, pensaba en ti, Gabriela, en tus senos, en tu aliento, en los fugaces recuerdos de nuestro secreto. En esa época fuiste mi novia; sin evidencia, describía tu ser con la sagacidad que la edad me lo permitía hasta que poco a poco te volviste una presencia borrosa, empañada detrás del cristal de mi memoria por la sólida calidez que te conservo adentro en un principio.

Y así fue, llegué al bachillerato y lo pasé en silencio sin mediar palabra con los objetos animados

que rodeaban mi pupitre durante largas horas, guardando las fotos subidas en tu Facebook, sin enviarte solicitud o dejar rastro de mi identidad con una cuenta falsa, y usándolas como fondo de pantalla en mi celular para mostrarlas cada que alguien me preguntaba sobre el amor.

«El dieciséis de septiembre del dos mil dieciocho, un par de jóvenes, ambas de diecisiete años de edad, fueron encontradas sin vida dentro de las instalaciones de la escuela El bicentenario ubicada (...) Las jóvenes reconocidas como Allison Vanessa Portillo Hernández y Gabriela Marisol Rodríguez Peña. En el lugar de los hechos fueron encontrados varios artefactos utilizados en ritos satánicos (...).».

Mi memoria no es clara, esa noticia se pasó por la mañana en el canal cuatro cuando me alistaba para ir al colegio, volvió a pasar al medio día cuando almorzaba. Ese día comencé las horas sociales, estaba en último año del bachillerato en contaduría. En el bus pensé en ti, no concebí la idea de haberte perdido de esa forma; me imaginé que aquel hecho tan trágico como grotesco le había sucedido a otra muchacha, a pesar de ser el mismo nombre, tuyo y el de la escuela, la misma escuela donde

me enamoré de ti. En la noche llore en la sala de mi casa para no despertar a mis padres.

Mi soledad era dolorosa, recuerdo haber sufrido de dolores repentinos en el vientre y en el pecho durante un mes, vigile los buses que se conducían hacia tu colonia por si de pronto se escapaba de entre los cristales de la ventana las facciones más importantes de tu rostro. Dejó de importarme la dura cotidianidad violenta y fugaz con la que los días se marchaban como las hojas de un árbol durante una tormenta. Sentí que se rompió algo dentro de mí, en medio de la tercera y la cuarta costilla del lado izquierdo. Mi dolor, desde que tengo memoria, siempre fue manifestado desde el lado izquierdo de mi cuerpo, el lado derecho ha sido, toda mi vida, un ente indiferente.

Luego de dos años, fui recetado con clonazepam y amitriptilina la mañana siguiente a un falso derrame facial; atribuí todos mi malestares al estrés, a la carrera que escogí en un impulso ignorando los deseos de mi corazón. Soñé, anhelando la muerte, sobre analizando, abusando de la dosis recomendada en mis medicamentos para conocer a detalle el silencio. El dos mil veinte y el dos mil veintiuno no existieron para mí, la realidad se deformó partiéndose en dos escenarios: la

sala de espera de un hospital y la sala de estar de una casa; trasladándose de uno al otro con la velocidad de una plataforma circular o un traveling en arco. Recuerdo el sabor de la lluvia, el olor de la arena y el calor de un cuerpo sudoroso chocando contra el mío, pero ningún recuerdo vivo de alguna situación que brindara significado a dichas emociones.

Ayer, cumplí tres meses de abandonar el tratamiento. Recuperé mis sentidos también el miedo, pero, en mi alienada opinión, es mejor sentir miedo que no sentir nada. A principios de año hice los trámites para hacer mis horas sociales en la alcaldía de San Salvador. Así que por la tarde iba en el bus sin el más mínimo deseo de bajar de él. Cuando cruzó por el parque Bicentenario, la rebeldía venció al miedo y la voluntad recobró su vigor, su precocidad, justo en el momento en que el bus pasó frente a la alcaldía y no bajé, ni siquiera me levanté de mi asiento. Decidí ir al parque Cuscatlan, fue el único lugar que me pasó por la mente, supongo que necesitaba estar en un lugar abierto, el aire acondicionado de las oficinas arroja pequeñas dosis de veneno. Compre una tostada y una soda, dejándome una cora para el bus.

Se hicieron las tres y media, supuestamente saldría a las cuatro de la alcaldía. Guarde la bolsa de la tostada en el bolsillo, dejé la lata debajo de la banca, me puse de pie y limpie las migas de mi pantalón. Cuando mire para verificar sacarlas todas, paso a mi lado una pareja, abrazados, el hombre empujaba la carreola de una bebe. Fácilmente la silueta de la mujer llamó mi atención; fuera de ligeros, y entendibles, cambios en la altura y la anchura de la cintura, las piernas y la espalda, pude adivinar que eras tu. Andando cuerpo a cuerpo con un nuevo amor y el fruto de este materializado en un nuevo sujeto que carga en sus débiles hombros el peso de los pecados que tú y tu marido cometieron sin pensar en el futuro, ahora presente. Tu caminar era el de una persona feliz, nunca he tenido claro el concepto de felicidad, he sentido una absurda incongruencia entre cada una de las definiciones que la gente me dio de ella.

Para algunos, la felicidad era tener un buen trabajo, salud y a tus padres con vida; para otros, era ser lo que soñaste de niño, hacer el amor con la persona que amas una vez por semana, y viajar a Londres, París o Madrid; para mi padre era tener estabilidad económica, las cuentas saldadas y una pensión asegurada para su retiro y vivir en una casa en el campo con vacas, gallinas

y cabras; para mi madre era Dios y su hijo Jesucristo; y para ti, hoy en día, es tu esposo, tu hija y el orgullo de haber borrado con gran facilidad nuestro pecado.

El dúo Pacheco

A mis abuelos,
Sebastian Mejía y José Ponce.

Mi tata mató a tres hombres a lo largo de su vida: su hermano mayor, el asesino de su primogénito y al marido de mi mama, el que la embarazó de mí. Los tres en ese orden. Mi mama testificó la legítima defensa cuando lo de mi papá de sangre. El condenado la estaba cachimbeando de a galán, cuando mi Tata le apagó las luces a balazos. Fueron dos o tres. El talegazo de las balas cuando chocan con el cuerpo de un cristiano es parecido al de dos tablas de madera chocando entre sí. Gracias debió dar que mi tata dejó el machete donde el tío Miguel para que se lo afilara sino lo hubiera picado en trocitos. Se murió de la mejor forma posible. Yo tenía unos cinco años, quedé sordo del lado derecho durante un tiempo por el estruendo de los disparos. Me alegro de que lo matará, mi mama ya le andaban fallando la columna de tanto molote. Los cuerpos de su hermano, cuyo nombre me fue heredado, y del asesino de su hijo, fueron tragados por la tierra de la colina donde enterró sus traicioneros restos.

Después del revoltijo, nos llevó a vivir con él en un pequeño apartamento en Ilopango, era una casa muy pequeña. Yo dormía con mi mamá en el cuarto y él se quedaba dormido en el sillón con el televisor encendido. Llegaba de trabajar a las nueve, ponía una película o un programa en el canal seis, pendía de comer y se iba quedando dormido poco a poco hasta que el frío característico de la mañana lo despertaba y se levantaba a apagar el televisor. Su desayuno favorito era un huevo estrellado con aguacate, crema, queso duro y una tortilla de maíz negro en días especiales; se bajaba todo con una taza de café caliente, sin azúcar. Después de bajonear, se levantaba el pantalón hasta el ombligo, agarraba el machete y cruzaba la puerta, de nuevo hacia al trabajo. Aquella mañana no llevó la guarizama, la dejó colgada por el hueco del mango en la pared del patio, si tan solo la hubiera tenido con él, con esa determinante ventaja la historia sería otra.

Era un tipo bravo, como todos los señores de antes. Bolo, pero no ebrio, su tolerancia era envidiable, se acababa la botella de guaro solo y todavía caminaba hacia la casa desde el centro sin caerse o perderse entre las indescifrables calles de la capital.

—¿Un ladrillo seco tu tata, va Miritó?!—decían sus compañeros de compás.

“Tu tata” para todos, sobre todo para mí, él era mi padre. Ante cualquiera yo era presentado como su hijo. “¡Este es el hijo de Pacheco!”, decían los vecinos cuando me atrapaban haciendo una travesura o era respondón. La verdad salía a la luz cuando volvíamos al pueblo en semana santa, los tíos conocían a mi verdadero padre y le advertían a mis primos que no se hablara, ya sea como aliento o burla, de eso conmigo o el castigo sería ejemplar. A mi primo Ronni se le pasó un par de veces, nunca lo acusé. Siempre me dieron lo mismo las burlas o los comentarios sobre el hecho, yo era consciente del cómo y por qué del actuar de mi viejo. Cualquier padre en su lugar hubiera procedido de la misma manera. A veces, un acto así de violento puede albergar dentro de sí cantaradas y cantaradas de ternura.

Su machete se oxidó colgado sobre la pared del patio. No entiendo por qué no lo llevó, a veces se le olvidaba el celular o se iba sin ponerse el cincho, pero esa bolada era una extensión de su persona, una parte de su brazo derecho, el cuero del mango abrazaba sus dedos con delicadeza cuando era hora de usarla. Con ella mató al traidor de su hermano y a su sicario. Con ella

trabajó en el campo y le encontró un nuevo uso en la ciudad. Una combinación de actos sin importancia, que en cualquier otro día no serían ni material de anécdota, fueron esenciales para que el guarumo ese tuviera oportunidad de desvivirlo. Si tan solo no hubiera encontrado su tope en la bebida, si tan su machete hubiera estado a la mano, si tan solo el disparo no hubiera salido de un ser cuya existencia no hubiera sido para mi tata cero significativa, un rostro conocido, pero apreciado mínimamente por los sentidos para despertar su radar del peligro. Sin tan solo todas esas causas no hubieran confabulado de forma perfecta, porque la ayuda de Dios era necesaria para acabar con un viejo como él, otra historia se estaría contando en este desolado techo en lo profundo de Chalate.

—¿Qué hace?— pregunté.

—Espero a que venga.

—¡Ya no va a volver, mamá! —dije de forma despiadada— Se murió... lo enterramos... ¿Que no se acuerda?

Comenzó a esperarlo por la tarde cumplido un mes de muerto, justo a la hora que escuchaba su canturreo subiendo las escaleras del apartamento.

—Ya va venir... —susurraba mientras yo entraba a la casa, molesto, sin poder comprender sus acciones.

Las mujeres de los pueblos tienen los hijos que Dios les permite tener, a mi abuela después de tanto entierro a causa de la guerra y las enfermedades, se le permitió criar y ver crecer a una, mi mama, la última trompita de los Pacheco. Era el mundo para ambos, su vida entera se centró en sus cuidados, en alejarla del peligro y de los coyotes del cantón que le tocaban los huevos al tigre queriendo salvequearla en la juventud. Mal acabó el único que logró cruzar la cerca. Ella los amó como todo hijo ama a sus tatas, cuando perdió a mi abuela a los dieciséis encontró consuelo en tener al menos a uno. Lloro, pero volvió a casa con su padre y se despertó al siguiente día para ir a la iglesia y se presentó a clases la misma semana.

Los primeros pasos a la adultez los separaron, culpa del temprano enamoramiento que se presentó en el descuido de mi tata provocado por el luto de tres años que le guardó a su mujer. Se acompañó a la primera que tuvo con quien la embarazaría de mí, sin permiso de mi tata pero con la seguridad de no sacarlo de su vida pasara lo que pasara, y con una advertencia a su marido que años después terminó cumpliendo. Cuando vio caer

a mi progenitor encontró en los borbotones de sangre que salían de su cuerpo un adarme de libertad, mi tata apareció como un héroe de era antigua con su escuadra con la furia pegada en los ojos como un toro de rodeo.

Ya en la capital, aquel amor volvió a construirse, como si el tiempo que ese hombre separó sus caminos hubiese sido un paréntesis escrito en papel gris. Perderlo de nuevo y para siempre de una forma tan fugaz e imprevista trajo de golpe a su memoria su niñez, los malos tratos que el luto volvió actos de amor y protección. Caso contrario al de mi abuela, ella no encontró consuelo sobre el que sostener su pesar, el malestar le consumió el alma, la mente le desvarió y me obligó a recurrir a ayuda profesional cuando empezó a buscarlo en el trabajo y los bares del centro, y a reportarlo con los demás como desaparecido.

La ingresaron sin más en el Hospital de Ilopango, pasamos todo el día entre tanto enredo burocrástico para que por fin nos atendieran. Una sola consulta bastó para que el psiquiatra me la quitara de las manos. Ella me observó mientras las enfermeras la llevaban de la mano a su cuarto o a su camilla, me miró sin entender nada ni reconocerme. Movié los labios para decirme algo y agacho la mirada antes de darme la espalda. En el

camino a casa trate de leer sus labios con la memoria, imite el movimiento de su boca y las únicas palabras que logre formar eran “Pulsalo”, “Pausalo”, “Buscalo”.

Mi tata me consiguió trabajo con un camarada suyo, camarada de copas, de los pocos que aguantaban la zumba junto a él. El viejo se dedicaba a la venta de material de construcción, poseyendo dos locales en Soyapango. Cuando llegué creí que mis labores consistirán en atender en la caja, pero no, se me remitió a la bodega.

—Tal vez así se te quitan las manos de señorita que te cargas—dijo, después de escuchar mi reclamo disfrazado de queja por lo pesado de las labores.

Su trato se volvió más tosco cuando entré a la adolescencia. La presión era mayor. El deber de traer comida a la casa y de cuidar de mi madre muy pronto iba a ser mi responsabilidad.

—Uno en el trabajo no llega a llorar —sentenció—, hace lo suyo, y bien hecho, luego se toma un descanso para los sagrados alimentos y sigue volando verga hasta que se hace la hora de salir. Por eso le pagan su sueldo a uno. Ya después uno decide en qué se lo gasta, si en trago o en comida. También hay que

saber balancearlo. No todo es cerveza como no todo es comida.

El primer pago se me fue en la luz y el agua, compré un par de zapatos a mi mama como se lo prometí. Mi tata se quitó bastante peso de encima teniéndome trabajando, era menos la contribución que daba a los gastos de la casa, dejándole más dinero para salir a tomar con las viejas que conocía en el centro. Mi tata anticipó su partida como todo hombre que llega a las puertas de la mediana edad. Comenzó a abonar a un seguro de vida, gasto en un testamento donde la casa y todo lo poquito que logró acumular a lo largo de sus andanzas quedó a beneficio de mi mama, de mí no, yo ya era un hombre y debía valerme por mí mismo, esas fueron las razones que me dio al contarme sobre su decisión.

—No quiero que vivas a costa de ella—dijo—. Estás llegando a una edad donde no se te permite vivir debajo de las naguas de tu nana.

Estuve de acuerdo con él; no es de hombres vivir de manera parasitaria, es una falta de respeto a ti y a los que te rodean, disfrutar a costa del sudor de otro hombre es para los hijos de familia, para los

adolescentes eternos, “para esos bichos culeros de ahora”, como les llamaba.

Guarde la foto que los policías le tomaron para vender al medio digital que descaradamente publicó las imágenes de su cuerpo arrojado sobre un charco de sangre, con los huecos de ambos disparos adornando su espalda como evidencia de la cobardía del cobija que lo mató. El funeral fue insípido, nadie contó una anécdota o dio palabras de aliento a los allí reunidos. Nada. Sus compañeros de trabajo bebían café y se reían como si de una reunión casual se tratase. Mario, “Marito”, el jefe del cedis, no fue a la vela, tampoco Don Boris, el otro vigilante. Se llevaba muy bien con ambos, cuando se hacían las cuatro, Marito se patrocinaba el pan dulce y mi tata ponía el cafecito con el descuento que le daba la maitra que pasaba vendiendo.

—Qué pena lo de tu papá—dijo mi Jefe, el viejo parecía decepcionado con la vida, la maldad del acto y lo repentino de este lo tenía acongojado al pobre.

Se quedó callado sin quitarme la mano del hombro, trato de endulzar en su mente su siguiente frase, pero no encontró las palabras. Me soltó y se alejó cabizbajo hacia la puerta. Me sentí incómodo por lo dramático de su actuar. Nunca imaginé que su amistad

era más que una simple camaradería de copas, quizás dicha camaradería es igual de significativa que la hermandad.

Mi tata amaba a su hermano, no se llevaban muchos años de diferencia, la gente del cantón no lograba adivinar quien era el menor y quien el mayor. Trabajaban muy bien juntos en las cortas de café cuando llegaba la temporada. La diferencia entre ambos eran más que claras, desde niños mi tío demostraba leves rastros de malasia y actitudes que todo tucuizo mal portado deja relucir. Desde muchacho acarreaba malas juntas y de vez en cuando con esos malacates le robaban producto a los patrones rotando de finca cada semana para no levantar sospechas. Incluso ya siendo un hombre su voz y su semblante cambiaba de la nada si se cruzaba con alguno de sus camaradas; como si fuera otro, el otro. Mi tata respeto su andar sin contaminarse y sin dejar de faltar a la sangre que los unía.

La primera mujer de mi tata dio a luz a un niño, por esos días la mujer del hermano parió una niña. La niña nació con problemas de salud, necesitó mucho cuidado durante los primeros años. Mi tío creció con normalidad, era la viva imagen de mi tata, su primogénito, su gran amor, su legado.

La niña murió ya adolescente. Durante la vela se rego un rumor, supuestamente empezado por mi tío que, desde los doce a los catorce, la muchacha le había servido de mujer a su primo. Que su condición le permitió al canalla darse gusto con ella. Era un rumor mal infundado. Si los ánimos no se hubieran acalorado a causa de la abuela de la muchacha acusando a su nuero de heredar sus genes malhechos a su pobre nietecita, dicho rumor no hubiera dado a luz a una vendetta sin sentido entre un pobre padre y su sobrino.

Después del entierro mi tío abuelo enfrentó a su sobrino, la venganza dejó de ser una posibilidad y se volvió en un hecho venidero con la respuesta altanera, muy de su padre, que recibió de su parte. No aceptó la culpa, pero la indignación no le dejó negar tampoco la horrible acusación. A partir de ese momento, ya le daba igual la verdad sobre el rumor, durante los gritos las palabras “hija”, “muerta”, “tu” y “puta” salieron de la boca del muchacho, eran enemigos, y ni la sangre podía conciliar la ofensa.

Moncho Gutiérrez se dedicaba al infructífero oficio de violar muchachas una vez al mes en las quebradas de los tres cantones que rodeaban el suyo. Era el hijo de un brujo y una curandera separados por

irreconciliables diferencias espirituales. Le apodaban “El Jugado”; el negocio familiar había machacado su cordura. El hermano de mi tata lo comenzó a tratar en un convivio, de topaba se cayeron bien, ambos eran unos destrabados problemáticos y peligrosos para las mujeres. El jugado ya había matado sin querer a un cristiano que trato de evitar que desgraciara a una muchacha en la quebrada, sin nadie a quien recurrir se fue a buscar al hermano de mi tata que andaba por ese rumbo bajando la cruda a guacalazos. Sin renegar le ayudó a enterrar el cuerpo del suertudo a la parte más desolada de la quebrada. Dicho favor, sin salir de la boca de uno o del otro, era una deuda que muy pronto sería pagada.

Mi tata se acordó del rumor a los días de enterrar a su hijo, se lo encontraron escondido en un maizal al lado del retorno hacia el cantón. Fue a buscar a su hermano con la guarizama desenvainada y lo sacó de la casa susurrándole al oído las pruebas de su culpabilidad. Su hermano no pudo articular una buena defensa, la furia de su hermano lo aterrorizó hasta petrificarse. Lo llevó agarrado del brazo a la casa del Jugado cuando la gente les hacía plática se detenían y conversaban con ellos como si nada; el hermano de mi

tata no hizo el intento de atacarlo o escapar, no quiso cambiar los caminos que Dios. Coincidieron sus miradas un par de veces hasta llegar a la casa, una fría aceptación se tatuaba sobre su rostro, sus ojos aceptaban el castigo; quién sabe por qué; tal vez después de matar a su sobrino se dio cuenta que aquel rumor era ridículo o el turbio invento de las típicas malas lenguas que surgen en medio de la tragedia; pero el arrepentimiento le quitó el instinto de pelea característico del apellido que compartía con airado castigador.

Moncho salió confiado de la casa, imaginando que su amigo buscaba completar de verdad su venganza, que pasarían a la fila a mi tata a través de algún engaño para matarlo a traición como hicieron con el hijo. Vivía un pedazo de tierra apartado en una casita de bambú y bahareque, un lugar favorecido para cometer actos deshonestos y ocultar la evidencia de paso. La sonrisa con la que los recibió le calentó la sangre a mi tata, la malicia pegada en las lagañas de amanecido que le decoraban las pupilas lo sacaron más de onda. Pensó en su hijo, viendo esa cara mierda arrancando la interminable vida que habitaba su cuerpo solo porque sí. Sintió pesado el brazo y la cara humedecida, Moncho no podía creer que lo que estaba viendo era a la muerte

viniendo por él. La sangre le empapó la ropa. Tendido en el piso miro hacia arriba tratando de encontrar al sol detrás de las ramas de los árboles, un grito afeminado salió del antes frío y resignado hermano de mi tata. Mi tata no soltó comentario alguno, lo observó en silencio hasta que terminó de llorar. Sin piedad ni menosprecio. «Saca una sábana de adentro y lo envuelves en ella», ordenó al verlo más calmado, «Lo vamos a enterrar aquí, total, no pasó echando riata su tata el brujo para dejarle, aunque sella, este pedacito de tierra como para irlo a tirar a otro lado».

Entró a buscar la sabana, sin dejar de mirar a mi tata por temor a que lo desviviera por la espalda. Mi tata se quedó afuera observando al asesino de su hijo empalidecer, el silencio lo ahogaba y la respiración se le hacía más pesada conforme esperaba a su segunda víctima. Adentro se encontraban varios objetos que su hermano pudo ocupar como arma para matarlo o al menos defenderse de su venganza, pero él fue directo al cuarto, a las sábanas, no pasó por su mente la sola idea de aprovechar la última penúltima oportunidad que mi tata le daría para salvarse. Mientras envolvía su cuerpo, mi tata entró a la casa y sacó una pala vieja. Antes de salir, observó la sala desde la entrada, las fotos, el

calendario, el sillón con las marcas de patas chucas en el brazo izquierdo, sus zapatos tirados debajo de la mesa, todo aquello dotado de una irremediable ausencia. Su hermano lo observó sin moverse desde el lugar donde lo dejó, mi tata salió de la casa dando por perdida su última oportunidad de escapar de su venganza. Lanzó la pala frente a él, el silencio fue necesario para entender sus intenciones. Tomó la pala y cavó el hoyo, tardó hora y media en hacerlo lo suficientemente grande para ambos. Metió el cuerpo de su amigo y se quedó de rodillas frente a la fosa mirando a mi tata con resignación, ninguno le otorgó al otro palabra alguna, ni siquiera un “adiós”, un “te odio” o un “te perdono”, nada. Su hermano hizo un leve gesto de temor al ver la guarizama alzarse y arrebatarse la vida.

Me levanté tarde esa mañana, la alarma llevaba sonando una media hora, la carga del teléfono estaba a la mitad. Con pesadez en las retinas me fui a la pila a lavarme el rostro; restregué con fuerza para arrancarme las lagañas secas pegadas a mis pupilas. Seguí con el pelo, me moje el culo y la trusa y termine con los sobacos. Me bañe de loción y me vestí rápido, no planche el uniforme ni encontré el cincho, termine poniéndome el de mi tata, con una leve tristeza me vi en el espejo, me

peine con los dedos y salí. Cuando caminé a la esquina a esperar el bus me vino una imagen de la casa sola, me arrepentí de haberla dejado internada en el hospital, aguanté el llanto mientras me restregaba las manos por los ojos. Una especie de cruda moral me arrancaba los ánimos, aguante el sueño deseando dormir y no bajar donde siempre, despertar en la terminal de oriente, llegar tarde y ser despedido, descansar un mes y luego regresar a la vida laboral. Pero quien mierda se puede dar el lujo de perder su trabajo en este país; y si lo hay, no vive en Ilopango.

Llegué temprano, media hora antes, como siempre. Fingí trabajar para pensar en la rutina de los pacientes de psiquiatría en el hospital. ¿A qué horas los despertaran?, ¿Medicamentos antes o después del desayuno?, ¿Realizarán actividades como muestran en las películas gringas o los dejarán sobre sus camas toda la tarde como viejos maniqués de los hombres y mujeres que un día fueron?, ¿Hablaran con ellos antes de bañarlos o cambiar sus sábanas, al menos, o el silencio es parte de un nuevo tratamiento?, ¿La indiferencia es la cura de los traumas que ciertos senderos de la vida deja en la mente de los que los transitan?

Mi jefe pasó, golpeándome el hombro, pidiéndome que lo siguiera. Me preocupó un posible regaño por hacerme el majo en el trabajo. El camino a su oficina me agotó todavía más. Susurré las quejas que mi ser tenía para regar contra mi trabajo y la vida en general. Al llegar a su oficina, me dejó pasar y cerró con fuerza nomás tomé asiento. Una hormiga recorrió por borde de mi lado del escritorio, la observe hasta que bajó por la pata izquierda y desapareció por debajo de mi silla. Mi mente se perdía en cualquier ruido o imagen que me permitiera ignorar la vida. Cada segundo de conciencia me era tedioso. Solo quería terminar el día, volver a la casa y dejarme abrazar por el sueño o la ebriedad, si era pertinente. El jefe llamó mi atención, reprocho mi indiferencia con un tono de voz paternal.

—Es como si no estuvieras aquí —dijo—. Te veo a la cara y no se te ve ni una pizca de amor a la vida.

No respondí. Observe la habitación a detalle escondiendo mis ojos de su presencia, mi ánimo mermado por los repentinos problemas que me atacaron como en colmena en tan corto periodo de tiempo no era asunto suyo ni de nadie más que mío. Prometí mejorar mi actitud y rendir como de costumbre en mis labores. El viejo estaba impaciente, con ganas de

decirme algo, pero sin encontrar las palabras correctas para expresar su malestar. En el momento me figuré que algún problema personal lo estaba atacando y buscaba desquitar su enojo con alguien y salí sorteado por no ponerme a las vivas. Parecía querer llorar, mirándome con lástima como quien mira a un perro, a un cachorro abandonado en la carretera.

—No te preocupes por eso ya...—respondió—, la mera verdad no te llame por cosas del trabajo—cada palabra salía con pesadez de su boca—. Quiero hablar de Pacheco, tu abuelito.

Sentí una punzada leve en la boca del estómago. El viejo quiere desahogar su luto conmigo, pensé. Me dio hueva pensar en su dolor, en escuchar las anécdotas que tuviera para compartir.

—¿Trataste de investigar quién lo mató? —dijo de golpe.

Titube antes de responder.

—No. Me imagino que algún marero—dije por decir algo—, como siempre pasa.

—Vos ya sabes cómo era tu tata —dijo valeroso—, no hay necesidad de que te lo diga; ya sabes vos como era ese hijueldiablo con las mujeres, no se le escapaba ninguna al condenado —agregó riendo antes de volver

a medirse—. Me puse a investigar con sus compañeros de trabajo y todo, vos ya sabes cómo se hacen los chismes, y dicen que lo mataron por andar viéndose con una mujer casada.

—El marido lo mató —dijo, sin creer una sola sílaba de esa historia.

—Un compañero de trabajo fue.

—¿Quien? —pregunte sin ganas de seguir escuchando.

—Don Boris—respondió mirándome a los ojos para analizar mi reacción.

Lo medite un momento hasta acordarme.

—El otro vigilante. —dije sin más—. ¿Se metió con la mujer? —pregunte.

La hormiga apareció por debajo de mi silla, la observé caminar hacia la pared y subir hasta entrar en un pequeño hueco a unos centímetros del cielo falso.

—¿Me oíste? —escuche— ¿oíste?

—Si. —respondí confundido—. Es de investigar si realmente él fue, ¿no?

—¿Para qué? —preguntó, anticipando con la mirada mi respuesta.

—No sé. —revire con una ligera huella de desinterés—: ¿Qué vamos a hacer?

Un silencio nos acompañó de pronto.

—No creo que sea cierto—dije—. Aquí la gente muere sin misterios. Lo mataron. Como cuarenta personas matan al día. De seguro algún marero lo quiso salvequear, no se dejó... y pues... ya.

El silencio volvió a encontrarnos.

—No hay que darle tantas vueltas al asunto—sentencie para acabar de una vez por todas con tan tortuosa conversación—. Aunque sea cierto lo que usted me está diciendo—me puse de pie con la intención de irme—, ir a confrontar con el maitro sin pruebas de nada... ¡no sirve de nada, pues!

Abrí la puerta. Dude un instante si tomaría como una falta de respeto mi abrupta partida.

—Hablamos a la salida—dijo antes de que cruzara la puerta.

—Vaya—respondí fingiendo desinterés.

Volví a mis labores como si nada, me convencí durante la tarde de no necesitar el trabajo, que ser despedido no sería para mí la tragedia, peor que la muerte, que es para otros. Por ratos el nombre del presunto asesino de mi tata venía a mi mente y me encolerizaba, desgraciarle la vida a mi viejo por la pisona de su mujer. ¿Por qué putas no la anduvo bien

cuidada para que no le quemara las patas?, o mínimo le diera vuelta nada más a ella. ¿Mi tata que culpa?, era un hombre, ¿merecía la muerte por ser un hombre? Cuando se llegó la hora de salida me fui sin pasar por la oficina del viejo, me fui convencido de no volver, dejar pasar los tres días, causal de despido, para romper la relación laboral sin la innecesaria discusión que vendría si escogía otra vía. Con la casa pagada y con el dinerito de mi tata legado a mi favor a causa del problema de salud de mi mama, podría sobrevivir mi tiempito en lo que encontraba un nuevo trabajo.

Cuando llegue a la casa pase por el chupadero de La Belloso y compre dos misilazos, no cene, me bebí las dos cervezas, heladas, como corresponde, con cuatro paquetes de maní japonés y me quedé dormido a las nueve con el televisor encendido.

Tuve un sueño, una pesadilla, tan común en aquellos que la soledad y la culpa los ha deschavetado de repente, una pesadilla de las que la propia memoria se deshace al despertar, pero el horror permanece incluso horas después de despertar. Ese tipo de pesadilla fue la razón por la que salí tan temprano de casa esa mañana a pesar de no tener motivos para hacerlo.

Cuando subí al bus me sentí observado, me imaginé a Don Boris matando entre tanto gentío que pisa el centro, entre tanto calor y tantas posibilidades de fallar en su cometido, arriesgado su libertad para sanar su pisoteado orgullo. Imagine a mi tata sintiendo el calor de las balas entrando a su cuerpo y dolor que lo embargaba volviéndose silencio y sueño poco a poco. ¿Si un hombre mata a otro por la espalda, aunque sea en venganza, es justo el desquite? Un desquite justo, cara a cara. Mirando a los ojos al futuro difunto y haciéndole saber el porqué y el cómo.

El bus dio la vuelta en el retorno y fin de su ruta, la calle por la que cruza está cerca del trabajo de mi tata. Me levanté rápido cuando el busero movió el volante a la derecha, caminé hacia la puerta, estaba abierta; bajé hasta el último escalón para dar el salto cuando el maje cerró la puerta agarrándome la mano y lastimándome la frente. Una señora me miró preocupada y le gritó al conductor un montón de insultos y maldiciones que en mi vida había escuchado. Yo fingí tranquilidad, el dolor iba aumentando conforme avanzábamos. El conductor no escuchaba, o se hacía el que no escuchaba. Más gente se sumó a los gritos y me sentí cada vez más apenado. Un señor me miraba esperando la reacción que pronto

estaba por presenciar. Escuche sus pensamientos en mi mente, en su juventud él ya estaría golpeando la puerta esperando ser liberado para ir hacia adelante y moler a vergazos al busero. Eso mismo hice cuando la puerta abrió y el tipo se justificó echándome la culpa de lo sucedido. No le di tiempo, caminé con decisión y sin decir nada le solté dos puñetazos, uno conectó en su nariz y el otro en la frente, el tipo levantó las manos sin poder anticipar mi ataque, la mano me sangraba, me dolía demasiado para seguir golpeándolo. Nunca esperó mi reacción, la confusión se escapaba por su mirada, parecía no saber dónde estaba ni quién era.

—¡Para aquí! —grite y baje por la puerta de adelante. Me chifo la vieja con el claxon cuando arranco, le respondí sacando el dedo, saco la mano por la ventana y me rifo la dieciocho, no respondí.

Me dejó a unas calles de mi destino, le compré un agua al mudo bajo el semáforo y seguí mi camino.

Don Boris no estaba, otro viejo enano con cuerpo de sapo y plante de exguerrillero estaba plantado en la entrada del Cedis. Me acerqué al maitro como si lo conociera y le pregunté por su compañero.

—No sé de quién me habla—respondió.

—Trabaja aquí con usted vigilando—insistí.

—¡Nombre!, ahorita solo yo estoy, muchacho.

Uno de los empleados que asistió al funeral me reconoció desde adentro. Salió sonriente, como si tuviera ganas de verme. Cruzamos diez palabras, máximo, aquella noche; intentó sacarme una risa con sus ocurrentes comentarios, pero mis ánimos eran amargos.

—¡Nos quitan a uno, pero no traen a otro de un solo golpe! —dijo.

Con mis ánimos igual de amargos que la última vez, pero con la obligación social de responder de la mejor manera, sonreí y asentí a su comentario. Pregunté por Don Boris antes de que pudiera decir otra cosa.

—Ya no trabaja aquí—dijo—. Renunció a los días... —se detuvo sabiendo que iba decir algo incorrecto— La mujer se le enfermó. Volvieron a su pueblo para que la señora se vaya a gusto.

—Ah, ¿De dónde son? —pregunte sin abandonar la seriedad.

—Fíjate que de Chalate tengo entendido.

Desperdiicé el resto de la tarde dormido, tuve el mismo sueño que me había atormentado en la mañana. Llamé, como a eso de las siete, a mi jefe, respondió de

una, no me dio tiempo de pensar mejor las preguntas que debía hacer.

—El nombre del pueblo—dije sin más.

—Cítala—respondió sabiendo de lo que hablaba.

Otro silencio, como los del día anterior, apareció para incomodar tal corta conversación.

—¿En qué parte está?

—Eso sí no sé, pero pregunta por su apellido, es Pacheco. Con eso los pasaban jodiendo en el trabajo —agregó al anticipar la ironía—, les decían “El Dúo Pacheco”.

Me acosté temprano esperando no sufrir la misma pesadilla. Acostado, enrollado en las sábanas, abrazando mi almohada como si fuera a escapar lejos de mí y abandonarme, volviendo más áspera la soledad que azotó mi vida en cuestión de días a causa de la traición de ese cobarde que no merecía el apellido que, para acabar de joder, presumía sin descaro por el mundo después de matar al verdadero Pacheco. Me fui quedando dormido pero la amargura y sus efectos físicos no dejaron de acompañarme hasta el final.

Volví a tener ese sueño. Logre guardar en mi memoria la horrible imagen de un mutilado posado sobre un fondo blanco, mirándome con temor y

resentimiento, culpándome de su infortunio como quien grita al cielo en busca de un ángel. Me desperté furioso. Medio dormido, golpeé mi cabeza contra la pared por la desesperación.

Eran las seis, llamé de nuevo a mi jefe para resolver un par de cuestionamientos dejados anteriormente, con voz despierta trato de solucionar mis dudas más sin proponer una solución a lo importante: ¿Como encontrarlo sin llamar la atención?, el cobarde supo escapar del radar. A los viejos de esa calaña es difícil seguirles el paso, sin redes sociales, ni contactos accesibles; familiares muertos o lejanos que desconocen su existencia, un tipo sin raíces ni frutos.

—Te llamo en la noche—sentenció antes de colgar.

Se escuchó molesto, mi pasividad y falta de inventiva era impresionante para él.

Intenté volver a dormir, pero la impotencia convirtió mi cama en una tabla de hielo seco. Tomé un baño e hice un par de pechadas para bajar la angustia. Camine por la casa en toalla de un lado a otro sin encontrar qué hacer. Los retratos de mis familiares me observaban con condescendencia. Contemple los ojos de mi abuela, un profundo sentimiento de nostalgia me

golpeó de pronto, cree falsos recuerdos en mi imaginación, una infancia idílica donde su compañía adornaba mi felicidad. Mi tata me regalaba una sonrisa, una sonrisa de esas que le donaba a uno cuando el chaparro lograba desinhibirle y la barrera de la sensatez revelaba su verdadero ser. Lo demás en la pared eran fotos de mi madre, mi madre, a la que abandoné como a un perro enfermo en vez de tomar valor y retribuir los cuidados que le dio a mi cuerpo desde el día en que nació. No quise ver su imagen y entré en la cocina con la cabeza gacha.

Empecé a hervir el agua del café y volví a la sala a buscar dinero en la tasa de la mesa para un pan dulce, encontré dos coras. Cuando me perfilaba para salir, vi de reojo la guarizama de mi tata colgada sobre la pared del patio, al fondo del pasillo, y me detuve en seco. Dirigí mis pasos hacia ella, la baje y la saque de la vaina, el metal oxidado me ensucio los dedos, la observé hasta que mis lágrimas cayeron sobre el filo del arma. La tire a la pila y procedí a lavarla, saque el vinagre blanco de la cocina y la deje reposar dentro del guacal grande, luego saque un cuchillo y lo deje en la orilla de la pila en lo que compraba el pan y preparaba el café.

El óxido salió sin problema, con un mascon fui sacando los restos hasta dejar limpio el metal. Con el cuchillo le saque filo hasta que la punta de mi pulgar se cortó con solo posarse sobre el filo. Probé el arma con una botella de cinco galones, el plástico se cortó con sencillez. El concreto de la pila sucumbió también en la prueba de fuerza, seguidos de algunos pedazos de madera y el sillón pequeño de la sala. Terminé cansado, aun no llegaba el mediodía y la tarde daba apariencia de ser eterna.

Compré el almuerzo, llame a mi jefe, pero colgué antes de tener respuesta. Las verduras estaban duras, igual la carne. Encendí los amplificadores y busqué cinco minutos una canción que armonizara el aburrimiento, me rendí, no encontré verso que pudiera definir la soledad que me estorbaba la vista. El silencio es lo mejor para el día previo a una muerte, pero el mundo es un lugar muy ruidoso que no permite a la muerte llegar en paz. El calor y la oscuridad de la casa me dio sueño, dormí toda la tarde como el día anterior. No tuve pesadilla alguna, ni sentimientos de tristeza o temor al despertar. De cansancio, sí. El calor me dejó la piel áspera y los músculos aletargados.

Llevaba media hora despierto cuando recibí la llamada de mi jefe. Tarde en responder, no estaba listo para escuchar su voz. Rechace la llamada. Volvió a llamar a los dos segundos, respondí por impulso, me arrepentí al momento de hacerlo.

—¿Aló?

—A las ocho voy a pasar por vos—dijo, y colgó sin tiempo para dar respuesta.

Eran las cinco, me era insoportable esperar tres horas más sin recibir razones, una idea o consejo para mis predicamentos. El silencio volvió. El viento trataba de entrar por las ventanas cual amistoso visitante en busca de brindar consuelo al doliente oculto entre esas cuatro paredes que ha vuelto una celda, una celda absurda, con las llaves en el bolsillo y sin un guardia obstruyendo su libertad, simplemente una falta de ánimo y la incertidumbre de qué hacer con esa libertad tan repentina. Estuve paseándome del patio a la sala, nunca bebí tanta agua, me lave la cara, ni orine tanto como en esas tres horas.

A las ocho en punto, exactas, cayó la llamada.

—Salí—dijo y volvió a colgar de una.

Había preparado unos minutos antes una mochila con un cambio de ropa. Llevé la guarizama, tuve

que meditarlo unos segundos antes de cruzar la entrada, y llegué a la conclusión de que mi tata debía formar parte de lo que iba hacer más allá de lo ideal. El viejo miró la funda con nostalgia sin decir palabra alguna y abrió la puerta del carro. Entré en silencio y cerré con fuerza.

Está oscuro. Oscuro, como cuando los ojos se cierran y silencioso como una casa abandonada. La briza pasa cortandome la piel, el aire es más pesado. La soledad me persigue a donde vaya, puede cambiar la ciudad o el clima, pero ese sentimiento que vuelve la vida en un amargo tiempo muerto sigue siendo la constante.

Pasada la medianoche los caminos comenzaron a enlodarse y las casas desaparecieron detrás de los árboles. El viejo detuvo el carro sin apagar las luces ni el motor, el viento se interpuso entre el silencio que hubo entre los dos. La quijada le temblaba y sus labios murmuraban rechazando el monólogo sobre la vida, la muerte, la sangre y la justicia que venía meditando desde la mañana. Su nerviosismo me hizo entender que mi tata no era solo un amigo de copas para él. Como a todo hombre de su edad, el tiempo lo fue despojando con cautela de las personas que más amaba: sus

hermanos, amigos, su mujer. En primera instancia, él mismo habría hecho justicia por su gran amigo, pero la obligación era mía, moralmente mía, como su hijo y el único hombre que llevaba su sangre, cobardemente derramada, corriendo por mi cuerpo.

—Entras por ahí—dijo al fin, apuntando a la entrada de un camino unos metros adelante—, dale recto, vas a pasar por una quebrada y subís la colina, ahí vas a encontrar la casa.

Sacó una 45 y la acerco a mí, la tome sin rechistar. Abrí la puerta y salí, la lluvia beso mi cabeza, mire al cielo y mi rostro entero fue empapado. Miré a mi alrededor y volví a entrar al carro.

—¿Cómo supo que ahí vive? —pregunte como si mereciera la respuesta.

—No importa eso —respondió con un ligero gesto de insatisfacción—. Está ahí. Estás aquí. Andas amarterado y él no sabe que vas.

Notó la duda en mi rostro y mi deseo por conocer a detalle cómo lo había encontrado.

—Puesi, pero...—logré decir antes de ser interrumpido.

—¡Que te valga, muchacho!—gritó, asqueado—
¡Hacé lo que tenés que hacer y deja de preguntar
pendejadas!

Salí del carro y saqué el celular para activar la lámpara, caminé hacia el acceso sin mirar atrás. Quise preguntarle si me esperaría, pero anticipó mi pregunta apagando las luces delanteras. seguí al pie de la letra sus instrucciones, sus indicaciones hacían ver la línea recta hacia la quebrada un recorrido más corto de lo que realmente era. Me llevó media hora llegar, pasé por varios sembradíos, veredas desiertas y arboledas, los animales nocturnos me dieron una amable compañía. Salte las rocas de la quebrada ignorando los ecos del agua bajando, llevando cada desecho a su paso.

La claridad de la luna dejaba ver la casa en lo alto de la colina, los músculos se me debilitaron con cada paso, no estaba cansado, era una dunda ansiedad de no saber a detalle qué debía hacer. Fue hasta ese momento donde supe que lo mataría, inconscientemente guarde el anhelo de que algo me detuviera, de que la vida obstruyera nuestros caminos y encontrará en el futuro un consuelo moral a mi cobardía.

Era una casa pequeña, una reja hecha de alambre de pues la rodeaba lo suficientemente alta para

delimitar la propiedad, pero no lo suficiente para que no dejarme entrar. Sin protección, como si no tuviera una deuda de sangre que pagar, vivía como inocente, como un hombre bueno, en paz. Rodeé la casa en sigilo y descansé en las raíces de un palo de marañones. Señale con la lámpara del celular la puerta, el viento la movía de adelante hacia atrás, casi rompiendo la cuerda que la mantenía cerrada.

Saqué la guarizama de la funda, la cuerda no aguantó el filo, un ventarrón abrió de golpe la puerta. No hubo gritos, una luz salía al otro lado de una manta cuyo acceso llevaba a la sala. Me encontraba en su alcoba una cama vieja yacía junto a una camilla de hospital con un porta suero con el metal oxidado en medio de ambas.

Volví a enfundar el machete y me quedé detrás de la cobija. Ahí estaba él, sentado sobre la mesa, mirando hacia la pared, bebiendo lo que parecía un vaso de café. Saqué la escuadra oculta en mi costado y corté el cartucho, giró la cabeza y me miró como si de un mal augurio se tratara. Crucé hacia la sala, soltó un gesto de tranquilidad al ver mi figura humana. Apunte el arma hacia él, relajado se puso de pie y tomó asiento en el sillón principal. Sus ojos cansados no manifestaban temor ni expresión alguna. Procedió a ponerse las botas

como si fuera a salir, lo dejé sin tener buenas razones para detenerlo.

—¿Y tu mujer? —dije, suspirando por los helados ventarrones que venían de adentro.

—Muerta—respondió inexpresivo.

—¿Te la trajiste después de matar a mi tata? —continúe con violencia—, ¿Sos ese tipo de culero que le perdona todo a su mujer, va?, ¿Por qué no la mataste también?

—¿Por qué?—confundido.

—Por puta—explique—. ¿Por qué más?

El viento silbaba una melodía rotativa que evocaba a la ausencia.

—Estaba enferma —respondió—. Me la traje acá porque de acá somos y fue su última voluntad venirse a morir aquí.

—Si, sos ese tipo de hombre—sentencie con menosprecio—. La mujer te escupe en la cara, pisa con mi otro y vos le seguís besándole la cuca.

No respondió ninguna de mis acusaciones.

—Si sos ese tipo de hombre, ¿por qué no dejaste vivir a mi tata?, lo terminaste matando por ser un hombre sin vos ser uno. Por la espalda.

Cada palabra que salió de mí acudía cargada del mayor de los desprecios y el más fuerte de los ascos hacia su insignificante figura.

Guardé el arma y desenvainé la guarizama y la posé sobre su hombro izquierdo. Dio un suspiro amargo y se sobó las rodillas sin soltar palabra o padre nuestro. No hizo el intento de luchar o negociar por su vida. Levantó la vista como si fuera a decir, al fin, un último lamento. No dijo nada, su quijada temblaba de terror, pero sus ojos me brindaban un mensaje de aceptación. Aceptación de su muerte, de mi venganza, de cobardía de su crimen y el merecido castigo por matar a un hombre por la espalda sin ser un hombre primero.

Con luz verde a mi proyecto, procedí a hacer lo que vine a hacer: Lancé el primer machetazo en el lomo. Ante el primer grito continúe con el cuello hasta silenciarlo. Cuando no hubo más gritos azote su espalda, hombros y cráneo como si de la madera de mi sillón se tratase. La sangre se fue regando por todo el piso y el cobertor, mi ropa se ensució, pero no lo suficiente para lavarla, excepto la camisa. Me detuve hasta que mis brazos se cansaron, llevaba dos minutos muerto cuando paré. Sentí frío de pronto, las manos se me helaron y me costaba respirar, busqué en su ropa un suéter o una

sábana gruesa, encontré una chamarra de aspecto militar con las palabras en inglés: "When I die I will go to heaven, because I have already spent time in hell." Me quedó algo pequeña, la utilice de todos modos. Entre la ropa encontré también una sábana de algodón grueso y me arropé con ella, jale una silla y abrí la puerta principal y me quede en la entrada, aquí donde estoy frente al abismo de oscuridad que me devora la visión. Me iré cuando vea las primeras luces del día iluminándome el rostro.

Amanece.

Podría quedarme aquí si quisiera, usurpar su vida y vivir en soledad en medio de la nada. No sería diferente a mi vida en la capital, excepto por la vista, en mi hogar no existen amaneceres como este.

Niños de bien

Yo sé de eso, yo trabajaba en un matadero; igualito, igualito se escuchaba.

Me zamparon preso por disque violar a una cipota. Mentira. A los doce años ya son capaces de hacer esas acusaciones maliciosas. ¿Hubo algo?, claro, pero no eso, pues. Estaba va de tocarme la puerta con los amiguitos, ya días me tenían de pendejo, le daban el vergazo a la lámina y salían corriendo cuando me asomaba a ver quién era. Me enoje. Yo a mis hijos cuando los agarraban en esas, los verguiaba para que dejaran de joder a la gente. Lo que pasa es que las nanas de hoy dejan que el bichito haga lo que quiere y se emputan con uno por corregírselos. Y eso pasó, la canchimbie con una rama del palo de aguacate, llevaba días ahí tirada. Me fueron a sacar de la casa, a buena mañana, cambiándome para ir a trabajar estaba. Tuvieron que agarrar al tata para que no me remangara a verga.

La enana ni lloró, se sobo los talegazos y se fue, era consciente que no le di por gusto. Los tatas le metieron la idea. Para acabarla de joder el juez le mando a hacer un examen de esos para ver si todavía era señorita y salió positivo, a saber qué pecador la había

procedido y a mí me toco pagar los platos rotos. Me zamparon preso tan rápido que el defensor público se vio aliviado al escuchar la sentencia. Igualito le hacía yo cuando me dejaban ir temprano para no pagarme las horas extras del día anterior.

Guayito si se pasó, deshonró y le dio muerte a la menor de los Quesada aprovechándose de la cercanía que había hecho con Don Chilo. Despiadado el condenado. La niña estaba doliente por una su gripe y la hermana que se le encomendó a su cuidado la dejó confiada con el condenado ese para irse a pedirle unas pastillas para la fiebre a una amiga que vivía cerca que era mucho de enfermarse. Tapándole la cabeza estaba cuando llegaron ambas con la medicina.

—Se la llevó el sol—fue lo que salió de su boca.

Entre las dos se rebuscaron para bajarle a fuerza e verga la dentadura y desmayarlo dándole con lo que encontraron de hierro. Condenado ese Guayito, ese tipo de babosos deberían darles mata rata.

Ya era de noche cuando llegamos, ya tenía planeado negar las razones por las que me condenaron frente a los otros reclusos, secreto no era que a los que meten por violar cipotas les dejan sangrando los pelos del culo. Me guardaron aparte con otro chamaco

encerrado por matar a un vecino, el Toño era muy risueño, no parecía alguien capaz de darle muerte a alguien, estaba muy flaco y desvitaminado. Éramos de los pocos que no pertenecían a alguna banda. En la celda también estaba Rekeson, un tipo demasiado serio, pandillero retirado metido también por homicidio, ¿por qué más? El cuentacuentos más talentoso con el que me he cruzado, tuvo una niñez medio turbia y su vida en la calle fue complicada. Tenía relatos para reflexionar con cada situación, por pequeña que fuera, como una pelea por la hamaca que conseguimos para la celda.

La comida fue lo único sencillo al inicio, yo ya comía dos veces al día frijoles con plátano, arroz o lo que fuese. Llevaba mi mes de no hartarme pollo antes de que me arrestaran. A la semana de estar adentro me encontré un divieso en el encaje derecho, casi llegando a los huevos. Me lo pasé reventando por varios días hasta sacar el pus por completo. Comencé, después de eso, a saltarme un tiempo de comida al día. Le regalaba a Toño mi plato, lo dejaba limpio sin desperdiciar con el pan cada rincón del taper. Adelgacé demasiado en cuestión de semanas, la papada que tanto me manoseaba al mirarme al espejo en las mañanas

desapareció en el camino, la sustituyó una quijada dura con más hueso que piel.

Tuve la suerte de que me dejaran con Reke y Toño, les valió pura verga las razones de mi encierro. Creyeron mi versión y quedaron igual de perdidos que yo por cómo sucedieron las cosas. Reke nos guardó bajo su ala y alejó lo mejor que pudo a los demás presos, pero de cualquier forma el desvergue es inevitable allá dentro.

¿Cómo iba a saber yo que un culero podía tener dueño?, la fama de todas las mariconas era que prestaban amor de vez en cuando por comida o algunos pesitos, yo no recibía dinero desde afuera, mi mujer y mis hijos no me visitaron hasta que supieron de la matazón por las noticias, tuve que negarle comida a Toño varias semanas para poder meterla una vez al mes, aunque sea. Siempre me dieron asco los culeros, me daba vértigo tener uno cerca, me incomodaba su forma de hablar, sus gestos de degenerado fingiendo emular los ademanes de una mujer. Pero la soledad y la giña de pisar terminaron volteando mis valores. Las mariconas eran cuatro: Esmeralda, Carly, Dulce y Rubidia; todas en la misma celda, la administración del penal las había separado por las agresiones que las cuatro soportaron

antes sobre todo de los presos convertidos al cristianismo queriéndole sacar la culerada a vergazos.

Dulce fue la que llamó mi atención, asumí que estaba disponible, vi a varios meterse con ella en los puntos ciegos sin problema alguno, no sabía que se necesitaba permiso de Ciruela, un ex narco Tico que mandaba un pequeño grupo de presos no pandilleros unidos como un grupo de autodefensa. Valientes los cabrones, adentro la unión les sacaba lo bravo, pero afuera, cuando ya su condena fuera cumplida, otra nota iba cantar el gallo. Afuera era su mundo, los demás estábamos invitados a la fuerza a compartir su miseria, era fácil entender a esos hombres, la mayoría tipos sin nada que perder, a aferrarse a la libertad que el penal les daba.

Ciruela era un hijueputa. Nunca fui muy bueno para los golpes, peleé dos veces antes de esa tarde, gané ambas peleas entrando en ellas con la certeza de ganar desde un principio. Contra él estaba en inferioridad física y técnica, además de ser más fuerte su desordenada vida lo hizo mañoso, lacra; cosas importantes para romperse el hocico con alguien o romperle el hocico a alguien, como en mi caso.

El ansia de meterla me terminó pisando a mí. Un platito de comida y Dulce aceptó mi propuesta. Es que le decía que sí a todos, fui yo el que salió sorteado. El maje la vivía regañando y amenazando de muerte, pero paja, ese culero era su razón de vivir, prefería compartirlo y escapar a matar al que descubriera profanando su hogar que volarle el repollo por puta.

Tarde lo mismo que al proponerle el trato, el capricho me jugó en contra y el gusto me duró poco, con mi mujer duraba más en los últimos años. Cuando éramos jóvenes acababa apenas le rozaba la punta por el borde de la cuquita, rara vez eso duraba un minuto, con el tiempo empezó a gustarme menos y cada sesión llegaba a durar los cinco-seis minutos.

Me recordó la primera vez con mi mujer, los besos, las mordidas en el cuello y la mejilla, la diferencia, además de lo obvio, eran sus huesudas manos masajeándome la verga por encima del short, los dedos de mi mujer eran regordetes como los de ella. El asco iba y venía. El culero me rozaba la verga en la rodilla, sentí náuseas, yo amontonándome con un hombre, lo alejé y volvió a ser Dulce cuando me la saco del short y paso los labios por el tronco y se dio una arcada, rápido se volteó y abrió las nalgas con la punta de los dedos para dejarme

entrar. Me dio un retortijón al verlo, pero aun así lo hice. Tres puyones y adiós a las ganas y el asco. Me subí el short y salí de la celda, con picazón en la pija y un mal sabor de boca.

Ni huela el talegazo, sentado en un cumbo a lado de la puerta estaba, con los ojos cerrados, medio dormido. Fue un rodillazo o un codazo, no supe reaccionar quedé en un limbo viendo la sangre de mis labios caer sobre mi camisa mientras Reke defendía mi honor yéndose a los puñetazos con él, como buen hermano mayor. Lo botó fácilmente, la maña le ganó a la fuerza. Una vez me pregunté, ¿quién ganaría entre un narco y un pandillero?, ahí la respuesta. El tipo reclamó a gritos su derecho a vengarse, expuso a toda la sección la infidelidad, la culerada, volví a sentir chuca la verga por la vergüenza. Reke lo sacó sin importarle sus lamentos.

Me despertaron tirándome agua en la cara y pidieron alcohol a los custodios, también algodón y unas casas. No me disloco nada, la nariz estaba en su lugar, pero no intacta, una abertura la raíz se quedó conmigo unos diyitas. Tuvieron que darme aguardiente de contrabando para que pudiera dormir, nunca vi la

clínica, los custodios solo te llevaban cuando te ibas a morir o cuando ya estabas muerto.

Me llegaron los rumores de la venganza que Ciruela estaba planeando en contra mía y de Reke por sacar pecho en defensa del “pisa culero-ajeno al que le va a sacar la mierda hasta por la barriga”. Reke iba a tener una muerte fácil, indolora comparada con la que planeaba para mí. Toño se mantuvo indiferente a esa situación.

—No va a pasar nada vas a ver—me dijo una noche—. Años llevan diciendo lo mismo con los bichos y no les hacen nada.

No respondí. Pensé toda la noche en eso. Y en mi esposa. Y en mis hijos. Y en la niña. Recordé que, después de golpearla, me di un garrotazo en la mano con la misma fuerza y sentí dolor. La morra merecía ese castigo, así que me cuestioné si yo también merecía ser castigado por andar de culero y sodomita. Vuelvo y repito, las madres de ahora se han dejado dar paja que el diálogo y toda esa mierda es la forma de enseñarle al niño que ha hecho mal porque bla, bla, bla.

La gente aprende a través del dolor, el mejor maestro digan lo que digan. Desde niño respete a mis mayores por el recordatorio que me dejó la vieja por

responderle mal a mi padrino. Ninguno de mis hijos es pandillero, ladrón o drogadicto porque les deje claro desde el principio mi filosofía de crianza. Nunca me vieron como su amigo y el mayor me guardó resentimiento hasta que tuvo su propia familia y terminó por darme la razón. Por eso, a falta de mi padre, que en paz descansa, Ciruela iba a cumplir su rol de castigador.

El sonido era similar. Trabajé de matanchinero después de laborar cinco años como empacador, dos como cajero en una tienda de abarrotes y quince como albañil. Un excompañero de la Enco me consiguió en un matadero en Mejicanos cuando en un descargo de honestidad me desahogue de lo verguiado del trabajo en la obra y las tranzas que hacían para pagarle menos a uno. No me fue difícil darle muerte a esos animales, de niño le ayudaba a mi viejita a matar a las gallinas y desplumarlas los domingos para el almuerzo o algún cumpleaños. Lo que sí me molestaba y me anduvo molestando, hasta en los sueños, era el grito de los cuches cuando se les mete el cuchillo. Dejaban un eco en los pasillos del edificio. El tiempo que llevaba encerrado, por todo el estrés y el miedo, dicho sonido parecía haberse esfumado en mi memoria, hasta ese día.

Tres días antes, por la tarde, logré confrontar a Dulce esperando que me diera una idea de lo que su marido tenía planeado para mí.

—No sé —dijo—. Está bravo conmigo. Ya no me quiere—agregó antes de ponerse a chillar.

Me volví a sentir asqueado, el pendejo no pudo ser discreto como con los otros cabrones, muchos de ellos camaradas de su marido. Conmigo se le soltó la lengua durante una pelea conyugal. Los culeros entran bien en su papel de mujeres. Volví a mi sección dejándolo ahí llorando, no sin antes dejarle una patada en las nalgas y escucharlo pujar del golpe.

La tensión se palpaba en los pasillos, por fin me sentí como un condenado por “violación a menor incapaz”, como dijo la Juez. Todo por no aguantarme las ganas, por una experiencia que me dio más asco que placer. Las miradas de los demás reclusos me erizaban la espalda, tenía dibujada una diana en el cuello y solo un milagro ultraviolento podía salvarme. Y así fue.

Los vecinos de al lado—no los padres de la niña, los que vivían antes en esa casa— siempre fueron amigos míos, sus hijos y los míos crecieron juntos, hicieron amistad nomás se vieron. Yo llegaba tarde del trabajo y encontraba, a veces, al mayor jugando con los

soldaditos con el primogénito. Al menor no lo incluían, ese mejor se le pego a las hermanas y anduvo jugando a la casita con las dos. Samuel y yo solíamos cerveclear los fines de semana, su mujer y la mía se prestaban hasta la ropa. Lástima que al baboso no le bastaba el fin semana y terminaba agarrando zumba hasta el domingo yendo el lunes a trabajar de goma, o bolo algunas veces. El jefe lo aguanto hasta que pudo y lo terminó mandando a la mierda. Tuvieron que irse al pueblo donde nació él y su mujer, donde los suegros, a ver que encontraban por allá. Volviendo por las mismas razones por las que se fueron. Mi mujer lloró esa noche, me hice el dormido. Dude por un momento de su fidelidad, pero el sueño interrumpió mis celos.

Al siguiente día, llegué del trabajo y todos en la sala parecían estar de luto, mi mujer viendo la tele con la mirada perdida y mis hijos, sentados en sillones separados, sin mediar palabra, como niños buenos.

—¡Así es la vida! —dije en voz alta mientras me dirigía al cuarto a cambiarme la ropa.

—Si para vos no es nada, Agustín—dijo mi mujer, entre dientes—. Solo buscas alguien nuevo con quien pasar chupando.

Su partida también me entristeció, pero lo soporté y me obligue a superarlo como con todas las amistades que he perdido. Además, ya no estamos en aquellos tiempos donde alguien se iba y se le perdía el rastro por el resto de la vida, con el internet y las redes sociales se puede seguir en contacto. No fue así, al menos conmigo. Mis mensajes no quedaban ni en visto y deje de textear.

Cuando llegó la otra familia nos topamos en seco, la primera conversación fue una queja de su parte porque las ramas del palo de aguacates se extendía hacia su casa, y algunos aguacates caían al techo. Tuve que contar esas mierdas un domingo en vez de descansar. La enana era hija única, por suerte, solo ella era una patada en los huevos. Un año después sucedió el incidente, aguante muchas antes de explotar.

Ashley, ese era su nombre, la nana se llamaba Karla y su tata Walter, un bolo de los malos por eso no quise tomar con él. Los dos estaban morros, veintiocho años, máximo, con una hija de diez-once. Los vagos de la colonia talerguearon a Walter un par de veces por hacer desorden. Golpeaba la puerta a altas horas de la noche amenazándolas de muerte entre baba y lágrimas. Mi niñez fue más o menos igual pero los niños de esa época

no son como los de ahora. Lo que a nosotros nos volvía tranquilos a ellos los vuelve rebeldes. Quizás Ashley no fue la que tocó, quizás por ser niña fue la que se quedó atrás.

Estaba en mi siesta de la tarde, soñé con los puercos de la carnicería sus gritos me desesperaban y comencé a patearlos con todas mis ganas. Desperté con el golpe de la puerta al cerrarse, creí continuar en la pesadilla pues los gritos retumbaban por los pasillos con mayor intensidad. En el momento no lo aprecie, pero la memoria me remitió a mis años de trabajo en la carnicería.

—¡Levántate, maje! —gritó Toño viendo preocupado hacia afuera.

Me levante. Los gritos se combinaron con otros de euforia y orgullo, eran los pandilleros. El hijillo se nos metió a la nariz de un pencazo y empecé a vomitar; Toño tuvo ganas, pero pudo aguantarlas; a Reke pareció no afectarle, la preocupación no lo dejó caer en el asco. Posiblemente pensó que, por pura maldad y sed de sangre, nos iríamos en la colada como un daño colateral de toda esa violencia masiva. Y sucedió, pero no con nosotros, las mariconas no metieron ni las manos, las

mataron a todas, fueron las primeras en caer, imagino que como mensaje o golpe bajo para Ciruela.

Los pandilleros llevaban unos meses planeando en secreto el golpe, ya estaban hartos de las faltas de respeto de Ciruela y su clan. No quedó uno vivo, machetazos, puñaladas, pistones, pedradas; después salieron con la casaca y las exageraciones, majes diciendo que vieron a alguien abrirle la cabeza a un cristiano para comerle el cerebro. Ciruela fue colgado de la espalda con un gancho de carne, sepa de donde lo sacaron, y destripado con minuciosidad; en las fotos que lograron repartir impresas por todo el penal, parecía uno de los cuches que se balanceaba quedito en el camal del matadero.

—¿Cómo has estado?—dijo. Era la primera vez que nos vimos desde que me subieron a la patrulla.

—Bien—. respondí—Mejor. ¿Y los bichos como han estado?

Mi mujer guardó silencio como si no entendiera mi pregunta, aguanto las ganas de llorar muy bien, aun parecíamos un matrimonio.

—¿Por qué hiciste eso, Agustin? —preguntó al fin.

—Ya me tenía bravo—reclame—. No puede ser que las nanas de ahora sean tan alcahuetas, dejan que los niños anden a sus anchas, ¿cuándo en la vida ibas a dejar vos que los bichos le andaran faltando el respeto a los vecinos. Y lo peor es que uno termina pagando por corregirselos, por hacer su trabajo...

Extendí el discurso lo más que pude hasta dejar claras mis razones. Me sentí cansado cuando terminé de hablar, la observé con el pulso alterado y la garganta seca mientras ella trataba de analizar todo lo que había dicho. Parecía tener algo, pero se arrepintió luego de un suspiro, comenzó a sobarme los brazos y beso mis nudillos. El tiempo se acabó y salí de la sección sin dejar de mirarla, se despidió de mí con una sonrisa que duró unos dos segundos, fue un reflejo, pero me hizo sentir en paz. Me faltaban muchos años para salir, pero no para recuperarla, a ella y a mis hijos, Armando y Agustincito, dos niños de bien.

La jaula

—Te estoy diciendo murió, Lupita. ¿Me oís?

—¿Y no dijeron que ya estaba bien, que había mejorado?

—Se complicó y ya no resistió—sentenció antes de romper en llanto. Siempre me gustó el sonido de un hombre quebrantado por amor.

Hace una semana Flor sufrió un accidente cerebrovascular, estaba lavando la ropa. Moisito, el mayor, fue quien la encontró. Por pura casualidad, el bus se tardó menos de lo esperado y entró a la casa en el momento justo. La cabeza de mi hermana mayor impactó contra el filo de la mesita, abriéndose la frente de forma instantánea y cayendo sobre la cerámica azul donde fue levantada por los paramédicos.

Cuando me dieron la noticia saqué del pecho todas las oraciones que no había hecho en el año, le juré a mi señor sanidad y una oportunidad de tenerla más tiempo conmigo. Clamé por sus dos hijos, eran muy pequeños para perder a su madre; clamé por su esposo, el hombre la amaba demasiado, David siempre fue muy noble en su trato hacia ella y hacia a mí, a pesar de lo

cabezona y grosera que solía ser Florcita cuando andaba brava.

La semana se fue volando, anduve en automático, pendiente del celular y hablando con mi señor hasta dormida. Cualquier acontecimiento digno de ser anotado en los libros de historia pasó por alto, mi atención estaba enfocada en mi hermanita. En la mañana recibí la llamada David, con voz esperanzada, otra vez roto en llanto, me dijo que los doctores vieron una mejora en su estado y que la cambiarían de cuidados intensivos a otra sección. Nomás colgó me dejé caer de rodillas sobre el piso y le agradecí a mi Dios.

Pasé las siguientes tres horas recordando con alegría nuestra niñez, los juegos que inventábamos para soportar el trabajo en la milpa, las canciones que tarareábamos al lavar la ropa en la quebrada con las primas, los castigos que nos daba mi papa por respondonas. Me acordé de los dos años que vinimos por primera vez a trabajar a la capital con mi tío Miguel, eran duras las aguantadas de hambre que nos dimos esa temporada por mandarle todo el pisto a mis viejitos. Esos malos ratos, combinado con la muerte en cuna de nuestra hermanita Maria Belén, Ratita, como le decíamos de cariño, y la ejecución pública de Jhonny,

nuestro hermano mayor, a manos del ejército por sospechas de pertenecer a grupos beligerantes, crearon un lazo entre ambas reforzado por la sangre y no viceversa.

Fueron las tres horas más felices de mi vida, no pare de agradecerle a Dios cada minuto, reviví nuestras viejas y divertidas conversaciones yo sola en la sala y la cocina como una loca, cante todas las alabanzas que me sé de memoria, todo casi al mismo tiempo; el amor embargo mi ser.

Unos minutos antes de que volviera a sonar el celular recordé nuestra última plática, me pidió de favor conseguirle una jaula para Pichy, un loro de frente naranja que era la adoración Flor. Su jaula se arruinó de un porrazo, el cable donde la tenían se rompió y cayó al piso, a duras penas el pobre loro salió ileso. Le dije que se la conseguiría como regalo de cumpleaños, pasó la fecha y se terminó escapando de mi memoria.

—Se la voy a conseguir—dije en voz alta—, en el centro venden unas bien bonitas.

Escuché el tono de llamada, caminé a la sala, el celular posado sobre el brazo del sillón vibraba mientras sonaba un ringtone predeterminado. No pensé en nada antes de aceptar la llamada.

—¿Aló?

Siempre me gustó el sonido de hombre quebrantado por amor; el deleite de escuchar al pobre David sollozar como un niño perdido, me distrajo un segundo de la noticia, la única hermana que me quedaba, mi única familia, mi sangre, estaba muerta. Mi corazón se rompió, aquellos recuerdos que llenaron de dicha mi ser se convirtieron en crueles dagas de hielo en mi memoria. El dolor vivido, el hambre, el trabajo, los maltratos de mi papa, la muerte de mi hermano a manos del terrorismo estatal y la muerte de mi ratita cuya causa publica de deceso es una mentira, una mentira de la cual soy la única testigo.

Colgué a media llamada, no quería que nuestros llantos se unieran en una sola sintonía. No deje de llorar desde que colgué hasta que cruce la puerta de la funeraria; en el transcurso hacia allí, fue un trapo el que guardo mi tristeza. A lo mejor las vecinas más curiosas se preguntaron entre sí: “¿qué le habrá pasado a la vieja amargada de la quince”. Me encontré con el grupito en la entrada del pasaje Choque con una gaseosa que habían dejado plantada, la tenían a la mitad; vi la soda regarse en el piso y seguí mi camino.

—Vieja puta—susurró uno, seguí mi camino fingiendo no haberlo escuchado.

Cuando mi marido murió a causa de la diabetes, al contrario de mi hermana, pude ver los efectos físicos y espirituales de su enfermedad. El hombre terminó de amargura en amargura, de queja en queja, de resentimiento en resentimiento. Marlito nunca fue un hombre encantador, su extremada sinceridad no le permitió encajar ni crear relaciones sanas con los de su entorno. Mi vida a su lado fue buena, tuve el privilegio de ser la única exenta de sus duros comentarios, sus críticas hacia mi fueron adornadas con palabras tiernas y silencios estratégicamente colocados. Cuando murió, Flor y su familia fueron los únicos que asistieron a la vela, en el entierro aparecieron un par de sus compañeros de trabajo a dar unas palabras en su honor, nada personal, todas sus palabras fueron lisonjas a su ética de trabajo y sus capacidades laborales. No encontré las palabras cuando fue mi turno, las miradas de los presentes se consternaron y me desplomé contra el pasto. Me despertaron untándome alcohol en la frente y Flor dio las últimas palabras en mi nombre.

Volví sola a casa y no vi a mi hermana más que por videollamada o por las fotos que nos enviábamos

todos los días por el celular, conversábamos seguido por el messenger, pero las conversaciones no pasaban de los diez mensajes. Ambas estábamos en la capital, yo en Ilopango, ella en la San Benito, pero nos conformamos con saber que la otra estaba bien, lastimosamente Flor no decía la verdad.

Las mañanas en esa época eran frescas, una de las labores que se otorgaron en esos años fue bañar a mi ratita, la bañaba sobre el guacal más grande que teníamos y le pasaba el jabón de cuche por el cuerpo y el pelito hasta dejárselo fino; luego la secaba con una toallita que Flor consiguió de una casa donde trabajaba haciendo el aseo, le vestía y acostaba en su cuna adquirida por herencia.

De Jhonny no tengo suficientes recuerdos, no convivimos lo necesario, trabajaba mucho y se reunía con su grupo de amigos todos los fines de semana, así que no tuvo interés de convivir con una niña a sus veintes.

Mi ratita. Si no fuera por mi negligencia su infancia no sería una estática imagen en mi memoria. Soy la única que conserva tu imagen, la última testigo de tu paso por este mundo y la culpable indiscutible de su fugacidad.

Tenía cuatro mesecitos, aún no podía estar sentada sin ayuda; así que colocaba su cabecita en el borde del guacal para bañarla. Se quedaba quietecita cuando la dejaba porque se me olvidó algo, como la toalla o el jabón, mientras la estaba bañando. Nunca. Nunca. Pero nunca movió un músculo antes de ese día.

Niña Reina, la amiga más vieja que tuvo mi mamá en el cantón, supuestamente amigas de la infancia, toda una vida de amistad en ese entonces; hasta hoy no comprendo como mi mamá con lo divertida que era hizo amistad con esa mujer, hostigaba más que una miga de pan entre las muelas.

—¡Y tu mami!—gritó.

—¡Anda visitando a mi mami Luisa!—respondí sin dejar de enjuagar a mi ratita.

—¡No te oigo!

—¡No está!—grite algo brava.

—¡Salí, que no te oigo!

—¡Estoy bañando a la Belén!—respondí.

—¡Veni, que no te oigo bien!

—¡No puedo!

—¡Vení, te quiero preguntar algo!—insistió.

—¡Estoy bañando a la niña!—revire ya enojada; mal me caía esa mujer.

—¡Vaya pues, le voy a decir a tu mamá que vine y me despreciaste toda!—dijo en tono medio, broma medio amenaza.

No me quedó de otra que levantarme a atenderla, por si acaso; ya me habían castigado unos meses atrás por ese tipo de quejas contra mí de parte de un amigo de mi papa. Dejé a mi ratita como siempre y fui a ver que quería. Cuando me asomé, el gesto de reclamo que me esperaba me amargó la sangre, "vieja ridícula", pensé. Esperó unos segundos con esa cara rancia antes de empezar a hablar.

—¿Tu mama?—preguntó; quise ahorcarla.

—Donde mi abuelita—respondí sin más.

Guardó silencio durante un momento, miró a lo lejos buscando algo que decir.

—Vaya—dijo de pronto—, le decis que la vine a visitar porque quiero hablar con ella.

—Vaya—respondí. Se dio la vuelta y se fue.

Cerré la puerta y volvió a mí la imagen de mi ratita en el guacal. Yo tendría unos nueve o diez años en ese entonces. Regresé y la encontré boca arriba en el fondo del guacal, los ojos abiertos con la mirada fija hacia la teja sin mostrar expresión alguna. Caminé hacia ella dejando mi ser en cada paso, cuando más cerca

estaba la palidez de su tez se volvió más notable. Parecía una muñeca. Caí de rodillas frente a ella.

—Vieja puta—dije sin pensar.

Me quedé ahí durante un largo tiempo, esperando con fe despertar de tan cruel pesadilla. Reconsideré huir a Honduras o Guate. Hice el amagué de sacarla, pero los nervios me habían machacado la capacidad motriz. Lloré de impotencia. La voz no me daba, sonaba como el chillido de una rata.

Miré mi rostro sobre el agua que abrigaba el cadáver de mi hermana, el llanto y la mocosera me tenían la cara devanada. Ni en las peores tundas que recibí por cabeza pude ver sobre mi rostro tal dolor. Vi a mi hermana debajo de mi suciedad: limpia, con las facciones de su carita pulcras como porcelana fina. Volví a mi reflejo encima del suyo y observé como, con cada segundo de ese eterno transcurso hasta que Flor llegó a casa de lavar ropa en la quebrada, la suciedad y la tristeza afeaban mi silueta y embellecían la suya.

Flor abrió la puerta y me encontró exactamente donde morí junto a mi hermanita. Dos cadáveres frente a ella. Flor quiso gritar, pero el dolor drenó sus fuerzas. Estuvo a punto de desmayarse, reencontró el equilibrio en la rabia. Me jaló el cabello y me arrastró hacia atrás

con la mano derecha mientras me golpeaba la cabeza con el puño izquierdo.

—¿Qué hiciste, puñetera?!—gritaba.

Explicué como pude mi versión de los hechos; Flor me creyó, no tenía otra opción, era eso o creer que su hermana menor resultó ser una asesina, que la envidia del hermano de en medio me llevó a ahogar a su ratita.

Se relajó lo suficiente para poner en práctica su plan para librarme del castigo. Sacó a la niña del guacal y le dio respiración de boca a boca hasta sacarle el agua de los pulmones, sacó la toallita y la paso por todo el cuerpecito de la niña hasta dejarla seca. Le puso la ropita y la acostó en la cuna, cuna que alguna vez fue suya y que no será de nadie a partir de ese día. Me quedé en el mismo lugar en el que me encontró hasta que terminó de ordenar todo.

—La bañaste—dijo—, la cambiaste y la acostaste. Cuando la fuiste a revisar por última vez, estaba bien. ¿Entendiste?

No respondí, la miré sin entender por qué lo hacía.

—¿Me oíste?!—me gritó a la cara.

Asentí con la certeza de que su plan no funcionaría y tarde o temprano la verdad saldría a flote.

No se enteraron hasta ya muy tarde, sorprendidos de que la niña llevara horas sin llorar o pedir comida. Eran las once de la noche, los gritos de mi mamá me avisaron de que había sido descubierto el hecho. Durante toda la cena no deje de mirar la puerta que daba al cuarto de mis papás, esperando de milagro escuchar su llanto para despertar de lo que traté de convencerme era una alusión pesadillesca. No. Cuando mi mamá gritó pidiéndole respuestas al señor, volví a la realidad.

Todo quedó en muerte de cuna. No se hizo seguimiento por parte de la policía, ni nada, bastó con la palabra de la familia.

Llegué a la funeraria sin problema, me tocó caminar un par de calles, pero al ver el edificio supe que estaba en el lugar correcto. El lugar estaba lleno, entre los amigos del trabajo de David, sus vecinos y primas lejanas con las que sí guardo comunicación, habían abarrotado el lugar.

Paulita, una de las primas, invitó a varios hermanos de su congregación. El Pastor tomó

protagonismo como era de esperarse, liderando la vela de mi hermana con Salmos y oraciones.

El cuerpo de mi Florcita aún no asistía a su despedida. Tomé asiento en un lugar apartado para reflexionar en silencio. Los cantos y lamentos, los diálogos y nostalgias, todos se detuvieron al escuchar de parte de los empleados de la funeraria que el féretro estaba por entrar. Antes de eso me sentía preparada para verla, pero los segundos de espera, prolongados casi a mansalva por los trabajadores de la funeraria, fueron resquebrajando mis ya vulnerables nervios. El eterno silencio. El detallado proceso para extender la puerta de la sala donde estábamos. Las miradas aguardando la silueta de mi hermana. Silencio. Pasillo. Por la izquierda, derecha para ellos, surgió la caja fúnebre, era cierto, estaba sola, me había quedado sola en el mundo. Mientras se acercaba saboreé mi infinita soledad y lloré. Mi sollozo asesinó al silencio y antes de que colocarán la caja en su lugar predilecto, salí de la sala y corrí al baño a llorar como es debido.

El funeral fue común, la gente se fue marchando al pasar las horas. Para la medianoche David, sus hijos y yo éramos las únicas almas velando su memoria. Creo que eso significa la palabra “lejana” después del

sustantivo “prima” y el agregado “de trabajo” después de “compañero”. La soledad me permitió aproximarse a su cuerpo y despedirme de ella. Nunca fui de acercarme, de guardar la imagen de mi ser amado detrás de un vidrio barato; su último recuerdo en vida era mío y con él decía adiós. De mi mami, su sonrisa sentada en la entrada de la casa con la sombra del árbol de aguacate arrollando su presencia; de mi papa, verlo caminar hacia la parada del bus rumbo al trabajo; de Jhonny, el verlo correr detrás de la bicicleta del Cheleluca para que lo pasara dejando en el trabajo; de mi Ratita, y sus ojos fijos viéndome sin juzgar mi pecado.

Su rostro sin modificaciones relevantes, el maquillaje bien hecho y el gesto serio que la caracterizaba presente más que nunca. Deje caer un par de lágrimas sobre el cristal y con los dedos intente dibujar una flor como las que esbozaba en sus cartas de cumpleaños. El recuerdo de la primera carta me sacó una sonrisa, traté de reflexionar sobre la esencia del amor y su trascendencia frente a la muerte, pero no tuve las herramientas necesarias para formular mi argumento.

Al siguiente día, me desperté arropada en uno de los sillones, hasta el sol de hoy no recuerdo cómo acabé

dormida ahí. Me imagino que poco a poco el sueño me venció y me quedé dormida en medio de un parpadeo. Eran casi las once. Estaba sola, no espere una gran participación para el siguiente día, pero sí ver a los que faltaban animarse a dar la despedida.

—¡A despertarte venía! —dijo David desde la puerta.

Reconocí su voz al instante a pesar de estar desorientada por el sueño. Fuimos con sus hijos a comer a un puesto de tortas. David programó el entierro para después del mediodía.

—Ni vi cuando se fue la prima Paulita —dije con cizaña.

—Dijo que iba llegar al cementerio—respondió David sin caer en mi trampa.

Sus hijos en su mundo, excepto Moi. Reconocí su mirada en la mía viendo a mi Ratita sin vida en lo profundo del guacal mientras el agua que cubría su muerte jungia como el cruel espejo que ahora es mi iris para él.

Los caminos son más profundos, aún por las calles de la capital donde las paredes se pudren a causa de la ambivalencia moral que impregna la base de los edificios. El carro de David iba a velocidad moderada.

Me imagino a mi esposito en esa situación, se hubiera ido a matar de la tristeza y la aflicción. Dios sabe cómo hace las cosas, quien debe irse primero.

El carro entró al cementerio y mi ser se descompuso. El clima era hermoso, el sol hacía brillar, cual joyas, el pasto mojado. El hueco estaba listo y el féretro de mi Flor puesto para esperar el santo reposo. Las nubes restregaban su blanco grosor por todo aquel lienzo celeste que no mostraba intenciones de oscurecer. El día que enterré a mi mami llovió; cuando perdí a mi papa pringo y hubo bastante viento; cuando fue lo de Jhonny no recuerdo cómo estaba el clima en su momento y con mi ratita menos. Quizá Flor no dejó en vida asunto alguno por concluir o simplemente el clima es como es, y ya.

Quisiera decir que pasó algo más allá de lo que uno espera de un entierro. Palabras reflexivas y remordimientos disfrazados de anécdotas. El amor en su más triste expresión. Todos: David, sus hijos, el jefe de Flor; todos dijeron unas palabras, menos yo. Al igual que con mi esposo el aura del lugar pudo más que yo. No me desmaye, pero busque rápidamente un lugar para sentarse de espalda a su tumba. Hubiera querido que nuestro adiós fuera más dramático; los días importantes

carecen de brillo, es el tiempo el que los idealiza para cuando necesite hacernos llorar solo porque sí.

—Mi Floricienta...—dije antes de soltar un amargo suspiro— Tonta mi hermanita —agregué con ternura—. Lo que tuviste que pasar por quererme, mujer. Te llevaste la verdad hasta el final. No pude comprarte la jaula para el Pichy. Te la quedé debiendo, hermanita.

David no se quedó a ver como la enterraban, sus hijos tampoco. Moi salió sin dejar de ver la caja; el otro no, miró hacia adelante con la frialdad necesaria para afrontar el duelo. Los invitados los siguieron con la satisfacción de que aquel ritual tortuoso había acabado y no tenían que seguir fingiendo interés. La muerte es la soledad absoluta. ¿Cómo vas a llorar a alguien que no conoces más allá de las treinta horas de trabajo semanales que compartieron dentro de un edificio?, ¿Cómo vas a extrañar a quien no te animaste a visitar en años?, ¿Cómo vas a llorar el amor que dejaste de sentir por una mujer hace mucho tiempo a causa de lo que tú llamas monotonía?, ¿Cómo?

Tuve que irme con David después que me insistiera por mensaje desde la entrada del cementerio. La culpa no lo dejó irse sin mí, acepte. Durante todo el

camino a casa no enuncié comentario alguno hasta bajarme en mi calle y decir: “Adiós, cuñado. Dios me los bendiga.” Pronto terminé de hablar, el auto arrancó, en ese momento supe que nuestra relación, al menos para ellos, había acabado. Caminé hacia mi casa con pesadez en el cuerpo. Crucé la puerta y caí sobre el sillón despidiendo con una lágrima el peor día de mi vida o el segundo peor.

—Treinta y seis le cuesta, amor—dijo la señora.

—Vaya —respondí sin dudar. Era una Jaula baratona, pero no me alcanzaba para más.

Viaje todo el camino en bus hasta la casa de Flor con ese bolado en las piernas. Un mes después de haber perdido a mi hermana la ruta hacia su hogar carecía de su color habitual, todo aquello era un paisaje de grises y paredes color beige.

La calle sin vida, solitaria y sin gracia. Bajé del bus adolorida, con marcas del acero de la dicha jaula en las piernas.

—Solo falta que no estén—comenté en mis adentros.

Llame a la puerta y espere unos segundos: Nada. Volví a tocar por segunda y última vez antes de tirar la toalla.

—Ya voy—se escuchó desde adentro. Era Moi, abrió la puerta y me regaló una sonrisa.

Había un desorden descomunal dentro de la casa, envases medio llenos, bolsas de churro, platos sucios en la mesa y los brazos del sillón.

—Mi papá no está, tía —comentó Moi mientras me guiaba al patio—. Unos amigos lo invitaron a comer. Unos amigos del trabajo. Y, además, el dicho Pichy se me escapó en la mañana cuando le metí comida.

—¿Se fue?—pregunté preocupada.

—Hay anda volando de un lado al otro arriba de la casa—respondió—, por ratos lo oigo hablar: “Moisés”, me dice.

—¿A vos?

—A todos, a veces sale mi pa y dice lo mismo.

La tristeza le seguía impregnada en los ojos. Imagine un escenario en el que ofrecía mi ayuda y tiempo para escuchar cada una de las dudas que la muerte deja a su paso; pero era pedirle pan al hambre, he estado viviendo en la confusión de la pérdida tanto tiempo que desconozco qué es la serenidad.

Coloqué la nueva jaula con una cuerda que tenían guardada con las herramientas de David y la puse en su lugar a unos pasos de la entrada al patio. Era parecida

a la anterior, mismo color diferente diseño. Como si nada se hubiera arruinado, pero sí.

—¡Moisés!—escuche desde arriba—¡Moisés!

Pichy estaba en el borde de la pared que daba a la casa del vecino, viéndome.

—¡Moisés!—volvió a repetir.

Le sonreí, recuerdo que le sonreí, abrí la puerta de su jaula y la dejé así para cuando quisiese entrar.

No vi a mi cuñado ni a mis sobrinos en un largo tiempo, no quise interrumpir su soledad hasta ser necesario y agradecí, de todo corazón, que ellos no quisieran interrumpir la mía.

JAVIER FLORES



Nacido el 11 de abril del 2000 y criado en Bosques de Prusia, municipio de Soyapango, departamento de San Salvador, El Salvador. Su inquietud literaria lo ha llevado a explorar distintos géneros literarios, iniciando en la poesía, incursionando en la dramaturgia y culminando en su faceta como narrador. Exploración literaria que empezaría a la edad de quince años y ha sido expuesta muy poco a través de diversas revistas literarias.

Índice

Amado enemigo	2
Roque Barahona	33
Machacal	45
Voluntad precoz.....	61
El dúo Pacheco	93
Niños de bien	129
La jaula	144
Javier Flores	163



Título: Voluntad precoz.

Autor: Javier Flores.

Edición digital Hoja en blanco. Febrero, 2024.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY — NC — ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

